

Heartagram: Almas Sombrías

Kimberly A



Capítulo 1

EL ORIGEN

Londres, Julio de 1998

El transcurso de un segundo, al igual que el latido de un corazón, no es un grito insustancial que se escurre a través de la eternidad. Es dócil y ligero, hasta el último segundo del mismo presente. El tiempo, sin importar su ciclo, no está perdido. Nunca. Y eso era algo por lo cual Él se sentía agradecido, a pesar de su inagotable existencia. Si el ciclo de la vida hubiese sido indócil, Él no estaría ahora observando desde la obscuridad que lo acogía, todo aquello.

A casi cuatro millas al este de Charing Cross, en Whitechapel, la masacre ocurrió en plena obscuridad.

El cuchillo aferrado entre los dedos de la pequeña se sentía como una extensión de su propia desgracia. *Injusta y Letal.*

Él así lo sintió.

El desplazamiento del filo hacia arriba, acortando el espacio con rapidez, y ella rasgaría a través de esa carne y yugular, apuñalando en fracción de segundo.

Él sabía exactamente lo que se desencadenaría a continuación. La desafortunada circunstancia siempre estaba ahí, la implacable determinación nunca se ausentaba, y la decisión que se llevaría a cabo siempre sería devastadora. Él había presenciado aquello innumerables veces. Siempre en un segundo plano existencial. Una y otra vez cambiando el curso de los hechos, pero siempre ocurriendo el infalible cambio. Desde la claridad de sus ojos y la obscuridad de su corazón, aquello nunca fallaba. Y, a pesar de su corazón estar muerto desde hace miles de años, Él sintió el final también.

Ella lo hizo en un instante, y con una puñalada violenta y cargada de brutalidad la sangre floreció desde su víctima, negra y brillante, cubriéndola como un manto de pura y santa desesperación.

Ya estaba hecho.

La pequeña experimentó la más insólita de las sonrisas, y Él supo que una parte, quizá no tan oculta en ella como a Él le hubiese gustado, se sintió extasiada, complacida, y rebotada de la más delirante satisfacción. Como una letanía de sus más oscuros deseos, como una verdad absoluta, eso estaba ahora en su interior inundando sus sentidos, expectante, y sediento de destrucción. Privándolo de sus brillantes ojos azules –como los de Él–, ella los cerró y extendió sus brazos hacia la gloria, dejando que el cuchillo se deslizara por entre sus dedos ahora manchados de sangre.

La evidencia, se dijo así mismo, y su dolor se volvió afilado en la oscuridad. Ella querría más, mucho, mucho más, y Él supo en ese momento que nunca nada sería suficiente.

Nunca.

El repiqueteo de la delgada hoja metálica contra el suelo provocó un escalofrío en su cuerpo. Y así, en medio de su gloria y majestad, sintió enmohecerse nuevamente una parte de si mismo.

Ya estaba hecho. Ella había Trascendido.

Una oleada de emoción –incredulidad y pánico– comenzó a extenderse por la habitación, trayéndoles a la fría realidad. El oscuro poder insidioso que se había hinchado en el interior de la pequeña la abandonó, provocando que sus ojos se abrieran desorientados. Ya no eran azules, Él supo, eran de un gris pálido y tormentoso. El primero de muchos cambios.

La habitación estaba oscura, aunque pequeños haces de luz se colaban por entre el raído material que cubría una ventana. Él percibió el reconocimiento en sus delicadas facciones teñidas de suciedad. Era su habitación, ella lo sabía, y siempre parecía reconocerla a pesar de su deteriorado entorno, y a pesar de su conmoción. Y solo cuando dio un paso en dirección a la débil claridad el hecho la golpeó con fuerza.

La pequeña niña observó hacia el suelo, incrédula, y la bilis ascendió hasta su garganta. La sangre corría por el material que recubría el piso, se deslizaba, y engrasaba sus pies descalzos.

Y, a pesar de su pecho estar vacío, Él sintió un aflojamiento en el.

El viento arreció, el calor se agitó dentro de ella calándole hasta su centro. Desesperada por volver al entumecimiento, se concentró inútilmente en la desidia. Pero incluso con todo, Él sabía que la quemazón era implacable, moviéndose entre sus capas, metiéndose en las venas, convirtiendo su conciencia en lava hirviendo. No podía parar. Él no la podía ayudar. Jamás podría.

Y ese sería su eterno castigo.

El fuego se filtro furioso por entre su pequeño cuerpo, desde el fondo de su ya condenada alma, hacia el exterior. Todo ardió. Y Él, con desesperación, vio a su pequeña hija —ya nunca mas humana—, abrazar el dolor que sentía.

Capítulo 2

PRIMERA PARTE: El Contacto, Antes.
Capítulo 1

Nueva York, primera
noche de Julio, del 2010.

Con bastante seguridad, los Humanos son como vacas estúpidas.

Ese fue el pensamiento que abordó la mente del muchacho, mientras su cuerpo se deslizaba entre el caótico grupo de escorias que pateaban contra el suelo, y sus dedos sometían el cigarrillo bajo la vacilante llama de su encendedor. Aunque su mal humor y su rechazo hacia los humanos no tenían nada que ver con los pocos reveladores sábados por la noche en Manhattan, ni con la retorcida versión *Sweet Dreams* retumbando contra sus sentidos, tampoco se beneficiaba de ello.

Mientras exhalaba con fuerzas y caminaba a zancadas bajo la apaciguada y vibrante luz negra, el pánico ante la perspectiva le golpeó en el pecho.

Cada vez que se encontraba rodeado de esta clase de gentío, la mierda se arrastraba hacia arriba por sobre él como un asqueroso parásito. Uno lento y desmesurado, que en los peores momentos rodeaba sus músculos y extremidades bajo una angustia fría y descontrolada, y ascendía por su columna vertebral trayendo consigo también todo aquello que él se preocupaba constantemente por aislar. Las emociones. Y no las propias, cabe decir. Como un interruptor existencial, estas se agitaban a su alrededor engrosando el aire hasta asfixiarlo. Violencia contenida, Desesperación, Envidia, Deseo pervertido y Adicción, todo desmesuradamente. Y mientras ahora caminaba, con su mirada barriendo ágilmente el espacio de exposición; alzando y deslizando su vista por lugares donde aquellos sentimientos humanos se mezclaban profundamente bien, el muchacho le dio la vuelta al cigarrillo y contempló fijamente la punta brillante.

No por primera vez, se preguntó como su vida se había visto reducida a esto.

A pesar de encontrarse en el lugar indicado, la fragilidad y la inconsistencia del pensamiento humano se filtraban en él hasta acorralarlo. Y entre intentar escapar de eso y fumar, que eran ambos un mal hábito, se formaba también una horrible muestra de dependencia. Aun así, siempre se cuestionó el que quizá la sensación de calor

deslizándose por su laringe, explorando sus bronquios, y extendiéndose hasta sus pulmones era su naturaleza hirviendo, y no la apaciguada y cooperativa oleada de nicotina.

«*Los vicios son para los humanos*», se dijo. Y él lo sabía desde hace mucho tiempo ya.

Lanzó su cigarrillo sin preocuparse de apagar el extremo apenas consumido, y albergando una repentina resolución se estampó nuevamente contra el mar de cuerpos.

Expandiendo sus sentidos más allá del ruido, la gente y el *hambre*, no tuvo que buscar demasiado para saber donde se encontraba su hermano. El punto clave era una puerta de acero reforzado al otro extremo, custodiada por un saco de dos metros de puro hueso y musculo. Liam, con sus muy dispuestas manos enfundadas en los ajustados bolsillos de sus jeans negros, y sus *New Rock* bordeando los residuos humanos, se acercó a la cosa. El sujeto que custodiaba la puerta, y quien observaba la multitud con ojo crítico, le brindó un no tan sutil cambio de rostro. La línea pétrea que conformaba su boca se contorsionó desagradablemente, que para desilusión del muchacho, no dejó al descubierto ningún diente de oro.

Liam, con una mueca de aburrimiento, esperó.

Cuando el deslizamiento filoso del metal tras la rejilla inundó el espacio entre ambos, el ojo marrón que apareció tras ésta lo observó con reconocimiento. Ningún parche en el ojo, tampoco. Ninguna demanda con acento ruso. El hedor de los estupefacientes lo delataron, sin embargo, como un pobre bastardo adicto al crack.

Inmediatamente se abrió la puerta, desapareciendo por completo en su ranura.

No hubo saludos ni asentimientos de cabeza, aunque Liam se preguntó como luciría realmente su propia apariencia tras aquellos mundanos ojos. Suponiendo que estos humanos disfrutaran del terrible don de *La Visión*, Liam no los envidió. Personas como estas, constituidas por gente corriente que tras un hecho cercano a la muerte coexistían con su mundo y el de Liam, habían tenido un completo retes de sus perspectivas. Traficando predicciones mediante las runas, o la interpretación de los sueños, leyendo la palma de la mano, o incluso solo observando vagamente a las personas, Liam supuso que era difícil el despertarse un día normal sobre tu también normal vida, y darse cuenta que sabias mierda-secreta que nadie más conocía. Nadie quería realmente saber este tipo de cosas, y Liam no los culpó por ser tan amargados. Con un toque de cuento de hadas, y contra el escepticismo y los chapuceros estafadores humanos, aquellos que realmente sabían cosas, vivían y las callaban la mayoría del

tiempo.

Pero Liam, con todo, no se dejaba engañar.

Así como podían detectar enfermedades, y algunos sin embargo una muerte sin intervenciones, otros podían ver más allá de los disfraces también. Y tan mortal y vago como era, él estaba metido profundamente en ese bajo mundo como para no darse cuenta. Razón por la cual las razas bajas habían aprendido a mezclarse perfectamente bien entre estos humanos que sí los veían, para coexistir.

Y algunos, cabe decir, se mezclaban sorprendentemente bien: como en el *Scream*.

Era la primera vez que Liam ponía un pie en aquel Club Nocturno, y a pesar de haber escuchado rumores sobre lo que se encontraba más allá de la pared de mosaicos grises, la apabullante escala de rojos en el abovedado techo y sus paredes negras recubiertas en su mayoría con cristales le brindaban una mercancía que no era exactamente nueva para él tampoco. Y al momento de cruzar él oíó la desagradable pestilencia de *Mestizos* también. Seres que pretendían mezclarse, pero no juntarse, se agrupaban por sectores de intereses, exponiendo sus sospechosas y cuestionables mercancías. Trafico de hechicería y alimentación, para los más privilegiados. Libertinaje, para los menos exigentes. Y a pesar de Liam pertenecer a un indeseado tercer grupo, los pasos firmes de sus *New Rock* no vacilaron.

Ya en el otro lado, se dirigió al extremo más lejano del despliegue de roble. Y efectivamente, su hermano se encontraba sentado diez metros más allá.

—Aquí estoy —en cuanto llegó a su lado y soltó eso, una inesperada ansiedad lo invadió, queriendo eliminar todas las distancias que se habían interpuesto entre ambos.

Era todo tan frío y ajeno ahora. Con estos encuentros más esporádicos que frecuentes, se habían quedado con el entumecimiento propio del distanciamiento. Axwel, con lo suyo demasiado suyo; Matthew, entre basura bibliotecaria; y Liam, que si no se trataba de mujeres o diversión, o ambas de igual modo, se encontraba haciendo prácticamente nada. Con esto las claras diferencias se habían arraigado poco a poco entre los tres, aún más profundo y mucho más duradero con el transcurso del tiempo. Por supuesto, los hermanos más de nombre que de sangre, debían tomar sus propias decisiones sobre el futuro, y sobrellevar su propia mierda existencial, también. Sin embargo, Liam estaba hasta el culo de todo aquello. Él quería a sus hermanos de vuelta, sin importar las mierdas que cargaran consigo. Liam tenía sus propios demonios como para juzgar a

alguien más.

Con un asentimiento al barman, le indicó que le llenara un vaso con lo mismo que a Axwel.

—Es agua.

La voz de Axwel sonó ligeramente entorpecida, y Liam dudó. Lo observó, y pudo sentir aquellas emociones tan descontroladas de apoco asentándose. Aquellos muros de extensas habitaciones blancas, que bien había aprendido a reconocer en la mente de su hermano a lo largo del tiempo, subiendo cada vez mas altos. Y aquel rostro al cuidado de los detalles externos. Recompuesto, por supuesto.

—Será agua entonces —aclaró Liam, tomando un largo trago del liquido en su vaso.

El ardor de la bebida jamás llegó. Y así habían sido las cosas las últimas semanas, esperando algo que jamás llegaba. Y luego de un extenso e incomodo silencio, Liam decidió que este sería el fin de todas sus mierdas. Iban a lograr superar aquellos obstáculos que los distanciaban.

—Tu me pides venir, y yo lo hago. Ahora, ¿que sucede?

Cuando no obtiene respuesta, gira su silla sobre su base. Efectivamente, tras un momento, su hermano levanta la oscura mirada también. Liam pudo ver en Axwel los rasgos que lo hacían tan atractivo para los humanos, y tan diferentes el uno del otro. Los ojos tan contrariamente negros como el plumaje de un cuervo se clavaron en los suyos, y estaban como siempre. Su mirada totalmente aislada, despejada de arrepentimientos y dudas. Axwel, hijo de nadie, era sorprendentemente practico, a diferencia de Liam. Con la Inteligencia característica en Matthew, y la predisposición de atacar en Liam, pero sin querer malgastar tiempo hasta que fuese necesario, como él mismo. Era el perfecto y bien equilibrado hermano de los tres.

—¿Qué? —espeta Liam.

—No me hagas decir lo que obviamente ya sabes.

—¿Y que es eso, exactamente? —preguntó Liam, cabreado de empezar nuevamente con lo mismo.

Axwel hace sonar sus nudillos con el pulgar, como hace cada vez que esta considerando una respuesta, o ésta misma le molesta.

—McCullough nos tiene un trabajo —Liam se tragó una replica furibunda. McCullough, quien era más como un hermano mayor para ellos, que

como un padre demasiado joven como los demás creían, llevaba exactamente cinco largos años dándoles fastidiosos trabajos por hacer. Su hermano siguió hablando—: Tenemos que observar a esa nueva chica inglesa por un tiempo. Si resulta ser como nosotros, llamamos a esa intermediaria Humana.

— ¿Que hay de nuevo en eso?

—Ese es mi pase para regresar a *Saint Land*.

Liam descubrió de pronto que el tiempo y las opciones se le habían agotado. Descubrió también, infortunadamente, que las pesadillas podían convertirse en realidad. Y Dios sabía que no hablaba del *Hombre del Saco* o la versión cinematográfica de *Bogeyman*. Joder que no lo hacía. Filtrándose por toda la basura de su alrededor, un sin fin de conversaciones nocturnas allanaron su mente: «*Cada uno de ellos es culpable de esto, Liam. Pagarán uno a uno con su propia sangre. Lo haré, cueste lo que cueste. Y cuando lo haga, ellos desearán el nunca haber nacido*». ¿Y que había contestado él exactamente? Nada en absoluto. Y esta era la vida real, ahí mismo y ahora. Las negativas filtrándose por todas partes. Mierda, oh... mierda. Era como esa noche en la que su madre había sido asesinada... todo ocurriendo de nuevo.

Acorralado, encorvó su cuerpo contra la barra y tomó su cabello entre sus pálidas manos, convirtiéndolas en puños.

—Axwel...

—No, Liam. Ya lo he decidido.

—No puedes hacerlo.

Como respuesta, Axwel clava su oscura mirada en él.

Por supuesto —pensó Liam, con un amargo sarcasmo. No era una invitación, podía darse cuenta de ello. No era una petición, ni un trago en busca de consejos. Por supuesto que no. Axwel no era así.

—Te vi, ¿vale? En mis sueños —Liam desconoció de pronto el sonido de su propia voz—. Tuve una visión.

Liam nunca hablaba de sus sueños, y Axwel lo sabía.

—Sé lo que estás haciendo —dice tranquilamente—. Y lo agradezco. Pero sea lo que sea que hayas visto no define mi presente. Esto es mi ahora. Y debo hacerlo.

—Por Dios... —Su mano cruzó la distancia a través de un segundo demasiado rápido, y tomó aquel brazo con fuerzas. La repentina idea de regresar a ese infierno le revolvió el estomago. Pero en consecuencia, la repentina idea de dejarlo solo en aquel lugar lo hizo sentirse morir. Sin embargo, contra todos sus razonamientos, siguió hablando solo a través del instinto— Pregúntame cuando tuve la visión por primera vez.

Axwel guardó silencio.

—Pregúntame. El momento exacto en que la tuve.

—Cuándo.

—Dos mil uno. Un año antes de conocerte. Han pasado nueve años desde que la vi. Ahora pregúntame cuantas veces la he visto esta semana.

—No.

—Tres veces.

Axwel se soltó de la sujeción de Liam, y solo ahí éste fue consciente de la estela de hielo que había dejado tras sus dedos. Cerró su mano en un puño firme.

—Sabes que es el momento, Liam. Ya no podemos seguir con esta vida. Quiero un propósito, y este es el mío —repuso Axwel, con una convicción que hizo que Liam sintiera escalofríos—. Y soy muy consciente de lo que es no querer ser lo que eres, lo entiendo, pero no puede cambiarse. Y ya no podemos vivir ocultándonos. Quiero esto. Quiero creer que la muerte de nuestras familias no quedarán impune, y si es un problema para ti, la solución no consiste en ponerse en plan «*Lo que he visto en mis sueños no me gusta*». La respuesta es no invitarte a ir.

Hombre, desesperadamente Liam quería decirle que se fuera al carajo.

—No estoy ocultándome.

—¿Te has observado? —pregunta Axwel con calma, como si de todas formas no le importara lo contrario—. No te estas comportando de manera racional. Estas tan cegado por esa idea de supervivencia, que al escabullirte bajo las narices de los demás has perdido el verdadero propósito por el cual tu madre dio la vida por ti.

El aliento de Liam se escapó entre sus dientes con un siseo.

—¿Que dijiste?

—Lo que acabas de escuchar. Y no me mires así, hermano. Sabes que tengo razón.

No estaba ocultándose como un jodido perro —pensó con indignación—. ¡No lo estaba haciendo! ¿Realmente se veía como si lo estuviese haciendo?

Se vio a si mismo semanas atrás, por las calles de San Francisco. Observando las largas aceras repletas de personas, sintiendo el estrés y la dura deformidad de estas a su alrededor. Sintió nuevamente aquella ansiedad en su cuerpo y esa opresión en sus bronquios que le robaba a veces el sueño. El miedo y la desesperación en él, carcomiendo sus huesos. La culpabilidad, palpitando detrás de su piel. El vacío, extendiéndose cada vez más lejos y profundo. Y todo ocurriendo al mismo tiempo. Ahí y ahora.

Liam sintió un extraño terror en su pecho. Y vaya, pudo darse cuenta también que esa perspectiva de él realmente dolía como el carajo.

Como un iluminado flashback de «*Mírame, aquí esta tu mierda*», Liam pudo escuchar los lamentos de su madre aun gritando «*¡Corre!*»

Pero, ¿no era exactamente eso lo que llevaba haciendo, aún cuando habían transcurrido ya nueve años?

—No tiene porque seguir así.

No supo a quien había respondido exactamente. Si a su hermano, o a él mismo.

—Y es por eso que ya lo he decidido, Williams. Una vez cumpla el encargo de McCullough, volveré a *Saint Land*. Sígueme o no, es asunto tuyo. Pero Matthew no caerá en ese juego de retrospectivas. Él ya lo ha decidido.

A Liam casi se le cae el culo de la silla.

—¿Qué?

—Matthew ya lo ha decidido. Al igual que yo, él tiene un propósito.

Oh, vamos —pensó Liam con desagrado y una punzada demasiado parecida a la traición—. *Por supuesto que diría eso.*

En ese punto, el control sobre su ira se fue al carajo. Sintió el ardor de la congelación ascendiendo por sus venas, traspasando músculos y articulaciones, fisurando su piel y solidificando el resto de agua en su vaso. Éste, sin poder soportar la oleada de energía, explotó en su mano como los mil demonios, lanzando un aullido de cristal que pudo

extenderse más allá del ruido. Saltando trozos del pequeño material por todas partes, y escurriendo cristales de hielo desde la palma de su mano, el fruncido semblante del barman le dieron el total crédito. *Mierda*—pensó. Tres taburetes más allá, dos *Mestizos* chistaron cambiándose de lugar.

Se sintió como un total fenómeno.

—*Chupasangre* —masculló una profunda voz siseante.

Liam alzó su cabeza y observó a través de la sensación ingravida de su torrente sanguíneo. Resplandecientes en medio de duras facciones faciales, los ojos del tipo eran tan dorados como los de un gato. Tras él, dos fortachones cruzaban sus brazos con firmeza, creando una fachada de protección conmovedoramente ridícula. Podía oler Liam la pesadez de su sangre, al igual que su rechazo, y su miedo.

Los Licántropos lo complicaban siempre todo. Y Liam estaba completa e irrefutablemente cabreado como para soportar una mierda racista. Y vamos, *Chupasangre* era una palabra tan desagradable y pasada de moda.

—Cuida tu mierda —le espetó el barman, armado sorpresivamente de valor—. No queremos a los de tu clase aquí, ¿me oyes? Así que cuida tu mierda, o te largas.

Liam lo miró en blanco, aspecto que cambió inmediatamente por uno aburrido. Luego, encogiéndose de hombros con su característico idioma de «*a quien demonios le interesa*», suspiró.

—Cuida de tu lengua, ¿me oyes tu a mi? —dejó una estela de cristales por la cubierta de roble solo para dejar en claro su punto— El *Scream* esta abierto al publico, al igual que nuestro apetito. No hagas que nos de hambre, ¿vale? Lamentaríamos profundamente el tener que comernos esos bellos y delicados rostros.

Y eso era técnicamente un error, ¿pero que más importaba? No es como si el tipo se enterase alguna vez que Liam no se alimentaba de extremidades. Las Leyendas eran extensas. El antagonismo, también.

Siseando entre dientes y empujando el hedor de su rabia, el tipo dio un paso en su dirección, siendo contenido solo por el agarre firme de uno de sus amigos.

—Tu novia parece una señorita inteligente —añadió Liam, señalando a uno de los fortachones—. Sigue su ejemplo. No me gustaría el tener que golpearte frente a ella.

Con el rostro rojo de ira, soltó un sinfín de amenazas creativas que incluían a su madre y necesidades fisiológicas, y se giró, abriendo teatralmente su camino hasta la salida de servicio.

—Vaya, eso fue rápido.

Observando ahora a Axwel, quien en evidencia con el profundo cambio en sus ojos se había dejado llevar también por la confrontación, Liam sintió un escalofrío ajeno a la congelación. Joder, ¿cómo decirle que esto no es lo que deparaban sus sueños para él? Que no es lo que veía para si mismo, en absoluto. No es así como supone debe ir su vida. Ni la de él. Ni la de Matthew. Así no es como él había visto que sucederían las cosas. Aún faltaba algo. Aún había algo que tenía que llegar... y aunque Liam no sabía realmente el qué, estaba claro que no era *Saint Land*.

Aún no —pensó. Pero lo descubriría. Aunque eso le significase regresar a esa cárcel.

—Que-te-jodan, Axwel —espeta, empujando su taburete— No me insultes creyendo que puedes hacerme a un lado tan fácilmente.

Empujando su cuerpo hasta la salida más cercana, se estampó contra el gentío. No podía creerlo. Jodidamente no podía creerlo. Con la tensión recorriendo su cuerpo, sentía explotar todas sus contenciones como jodidos ladrillos que se derrumbaban. Ignorando el hedor a su alrededor, el frío azote del viento contra su rostro resultó hasta cierto punto refrescante, y eso lo calmó un poco. Dejando que el silencio regresara, cruzó a grandes zancadas el asfalto. Estaba totalmente indignado.

A su espalda las grandes puertas dieron un azote contra la piedra.

—¡Liam!

El grito de Matthew irrumpió a través de él, y la indignación se hizo más grande. Sin embargo, girándose sobre sus talones, la vista le detiene en seco.

—¿Que jodidos demonios te pasó?

Más que aquel cabello alborotado, o la playera negra con el estampado ridículo de una luna llena ensangrentada, fueron sus ojos leonados los que hicieron que Liam se pusiese tenso. Algo estaba realmente desequilibrado en esa imagen. Y pudo darse cuenta. En su cuello verdugones se formaban alrededor de él, como si lo hubiesen estrangulado. Y su rostro, Santo Jodido Infierno.

—¿Quién mierda te hizo esto? —preguntó otra vez. Y ya estando sobre él, con sus manos estrangulando su playera y empujándolo detrás de su

espalda, lo separa de la puerta.

—¿Que pasó allí dentro? —Matthew pregunta mientras intenta salir de su agarre.

—Una mierda de nada. Eso fue lo que pasó —su cuerpo esta alerta, sus sentidos estirados, esperando. Observa hacia la puerta ahora abierta, aguardando por quien sea que le haya echo eso a Matthew traiga su culo fuera —. ¿Quién te hizo esto?

Matthew ahora a su lado se frota el lado izquierdo de su rostro, como cuando esta avergonzado.

—Una chica.

—Matate al imbécil. Lo haré lentamente... —algo hace clic en su cabeza—. Espera, ¿qué?

Cuando Matthew contó lo que había sucedido en el baño de ese club nocturno, Liam casi tuvo que levantar con sus propias manos su mandíbula otra vez. No es como si alguna vez creyó que su hermano no sentía atracción alguna hacia el sexo opuesto, exactamente. Solo considero que sus necesidades fisiológicas no equilibraban como las de Liam. Y joder que él estaba seguro que si resultaba ser diferente a esa posibilidad el cariño de hermano no cambiaría. Aún así el pensar en Matthew, quien pasaba la mayoría de su tiempo entre papel viejo y tapas de libros desgastadas, compartiendo con alguna *Mestiza* algo más que información académica le resultó incomodo. Y quizá hasta cierto punto desconcertante.

—¿Cómo es que no te diste cuenta que era una *Mestiza*? —Liam pregunta con incredulidad—. De eso trata, hermano. Siempre nos damos cuenta.

El rostro de Matthew enrojeció furiosamente, y algo hace nuevamente clic en su cabeza.

Rayos —pensó. Después de todo sí había resultado ser información Académica, del tipo práctico. Y no fue hasta que tuvo a Axwel casi enfrente que se percató nuevamente de su presencia. Sus facciones severamente endurecidas.

—¿Qué te sucedió?

Instintivamente quiso decirle que no era su jodido problema, pero Matthew estaba ya hablando de algún suceso loco.

Fueron suficientes cinco segundos los que llevaron a Liam a percatarse de

que no estaban solos allí.

Bueno... ¿que tal allí?

Al final del callejón, como en una escena escrita en los libros de *Bram Stoker*, McCullough esperaba lejos de la crepitante luz de una farola. Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Liam. *Joder* —pensó. El tipo tenía que dejar de hacer aquello. No es que tuviera algún miedo a la basura como *Paranormal Activity*, es solo que el drama mortal no iba con él. Definitivamente no. Necesitó abastecerse de otro cigarrillo, pero enfundó sus manos con decisión en sus bolsillos. Lo que vendría después, él sabía, sería el comienzo de algo que llevaba semanas... No, meses. Quizá incluso años, crepitando a su alrededor.

—¿Qué tal muchachos?

Liam no respondió. De todos modos sabía que esa pregunta era más una formalidad que la curiosidad del tipo, y sintió un entumecimiento en alguna parte de su pecho. A pesar de que Liam odiaba comportarse como un marica sensiblero, aún lamentaba el que las cosas fuesen ido de mal en peor entre ellos cuatro. Con toda la mierda de *Saint Land* ya en el pasado, Liam se había visto envuelto en una falsa sensación de normalidad. Bueno, hasta que Axwell había vuelto con esa mierda de la venganza.

Un golpecito en el antebrazo lo sacó de la línea comemocos de sus pensamientos.

—¿Qué piensas de eso, Liam?

—¿Mh?

McCullough frunció profundamente su ceño. Esos ojos azules, que a veces parecían brillar con un destello de reconocimiento, daban la sensación de poder mirar no solo tu exterior, sino más allá de ti. No quiso parecer afectado, así que se encogió de hombros.

—Lo que sea.

—Entonces —dijo, aún observando a Liam y extendiendo una imagen impresa—, este es el aspecto de la chica.

Liam solo tomó la fotografía entre sus largos dedos, y ya. No la observó. Sostuvo la mirada de McCullough por un tiempo más mientras sentía el cuerpo de Matthew arrimarse a su lado para observar el espectáculo en la imagen. Se preguntó que podría estar pensando el tipo, ya que su expresión no le decía absolutamente nada. Quizá había algo que él debía saber, y aún así no sabía el qué. Sin embargo, no fue una respuesta a eso

lo que lo llevó a aferrar con más interés el material en su mano. Tampoco fue el silbido evaluador de Matthew. Fue Axwell. Nuevamente el jodido Axwell. Su rostro, todo ángulos perfectos y vista calculadora se endurecieron como cuando el tipo no quería que alguien supiera lo que él estaba pensando.

Bajando la vista hacia la imagen lo primero que observó fue un montón de verde. Árboles y blazers de algún cuerpo estudiantil. Inglaterra, claro. Todos tan arremingados con uniformes manteniendo el estatus y el color del dinero. Por un momento creyó que se trataba de alguna Academia de Mestizos, sin embargo no lograba comprender la reacción de sus hermanos. Intentó enfocarse. Comprobó mejor la imagen. Sobre un banco, una chica observaba por sobre su hombro como si supiese donde estaba exactamente la cámara. Tenía su cabello rojizo despejado en algo que parecía ser una coleta alta. Su rostro fino de unos ojos tan grises como un cielo con tormenta...

—De ninguna jodida forma —respiró.

Yaciendo tan quieto como podía y respirando irregulares nubecillas de hielo, el tiempo se ralentizó y luego empezó a transformarse. Durante un segundo, llegó a estar confuso sobre que lo había dejado en aquella situación de que-jodido-infierno. ¿McCullough y alguna pregunta que no había escuchado? ¿O aquella mirada que lo había perseguido durante exactamente diez años? Porque ahora su cerebro estaba jugando consigo mismo. ¿Era este que-jodido-infierno otra visión del futuro o algo que estaba pasando justo ahora? La buena noticia era que el hombro de Matthew le mantenía el culo en posición recta. La mala noticia era que ahora, teniendo todas las respuestas de aquellas incógnitas que lo habían mantenido despierto durante años, la comprensión se asentaba en su materia gris como un fierro ardiendo.

Dios, estaba ahora todo tan claro. El regresaría a *Saint Land*. Soportaría ese infierno, y ya no sería solo por sus hermanos...

Cinco días después, Inglaterra.

El viento se alzó y rugió como una sonata enfurecida, eclipsando la oscuridad y climatizando los músculos de su cuerpo.

Con una ráfaga de aire frío, la tormenta se había desplazado desde Lightwater con vientos y lluvias, espesando el aire, arremolinándose, y cubriendo todo de barro bajo sus pies. La caminata no había sido poco provechosa hasta que el aguacero comenzó a caer otra

vez, creando remolinillos de hojas húmedas y tirando de sus ropas en direcciones totalmente opuestas. Todo fue bien hasta que la fea falda gris plisada comenzó a abrazar sus piernas desnudas, y el barro ensucio sus *Doc Martens*.

Mientras sus cabellos rojizos volaban en todas direcciones como un animal atrapado, hurgando entre sus ojos y boca, Rowen observó hacia el este, donde los arboles a su paso dejaban vestigios del atardecer que se iba. Dando paso a la luna, el día estaba próximo a marcharse. Demasiado rápido para mi propia comodidad, pensó. Y a pesar de estar rodeada de demasiada claridad y ojos dispuestos, el día era predecible y manejable, a diferencia de la oscuridad.

...Y las pesadillas que vienen con ella —le recuerda la vocecilla— ...Y las voces.

Sacudiéndose la sensación de desasosiego, aumentó la velocidad de sus zancadas. Ya había sobrepasado el toque de queda anteriormente, y esta ocasión no era diferente de las otras. Sus patrones de comportamiento habían sido iguales durante exactamente nueve años.

Al límite de tener un trote corto, sus suelas chapotearon mientras cruzaba charcos que se habían formado en el terreno irregular de la fachada de la Gordon's School. Y a pesar de no sufrir por las consecuencias de las altas ni bajas temperaturas, enfundó sus manos en las carteras de su blazer, alzó los hombros y enterró su barbilla bajo la rojiza lanilla de su bufanda.

Los motivos eran totalmente ajenos al clima.

Antes de Rowen ingresar por las puertas, observó un segundo por sobre su hombro y sus mechones de cabellos sueltos. El paisaje estaba totalmente despejado, pero aún así, la persistente sensación de ser observada no abandonaba sus huesos. Pero la molestia no había sido tan reveladora mientras aún caminaba por el bosque. El cosquilleo y la opresión en sus costillas habían sido poco evidentes tan pronto como había caído el aguacero y la tierra comenzó a removerse, y el agua a cubrirlo todo, y los sonidos y chapoteos a invadir y a individualizarse.

Sin embargo, no había nadie a su alrededor. Nadie que ella pudiese ver, de todos modos.

Una vez dentro, y pasando el área del gimnasio, el sonido de las risas de fondo deslizándose por sobre las paredes eran un susurro rítmico, repetitivo. Aún habían alumnos sueltos por los alrededores, y eso generó una molesta sobrecarga de seguridad por su cuerpo.

Girando una esquina en dirección a las escaleras, todas sus alarmas resonaron en su cabeza, haciéndole trastabillar.

—¿Strauss?

Por el lapso de un segundo pensó en continuar y no detenerse hasta llegar a su habitación, pero él se encontraba ya a unos pocos pasos de donde ella tenía que cruzar, esperando. Como si él realmente fuese consiente de que ella llegaría hasta allí, goteando agua y barro por todas partes.

Rowen se detiene en seco, tensando sus músculos y girándose hacia la voz.

Vicent Doelger, prefecto designado por su brillante cerebro académico y su compañero de clases, la observaba. Llevaba su blazer desabotonado y su camisa afueras del pantalón. Incluso su corbata tenía el nudo flojo, haciendo que su imagen fuese digna de observar. Todo un Narciso, cabe decir. Sinónimo de perfección y disciplina y deseos sexuales frustrados en las féminas. Tras pasar un tiempo a su alrededor, él como los demás, habían demostrado tener un gusto patético por mujeres. Considerando a quien estaba esperando ahora, Vicent era la letra perfecta de la mala ecuación. Y, a pesar de ser arrebatadamente guapo, como Rowen también podía darse cuenta, el chico no era más que algo efímero.

Y demasiado Humano —susurró la vocecilla.

El ceño de Vicent se frunce por un segundo como si el eco de la vocecilla hubiese llegado también hasta él. Pero aquello era estúpido, Rowen lo sabía. Su curiosidad no iba más allá de la imagen frente a él estando totalmente fuera de sus cabales.

Pasando unos segundos, el chico endereza su espalda y enfunda sus manos en los bolsillos de su pantalón gris. Aquello lo hace parecer momentáneamente más alto y resuelto.

—¿Estabas en el bosque? —pregunta, posando su verde mirada en las Doc Martens de su compañera. Rowen se percató de que las evidencias aún estaban pegadas en las suelas, pero tampoco se había molestado en ocultarlas, de todos modos. La analogía de Rowen estaba en otra parte. Hasta ahora, ella no se había percatado el que el tono verde de los ojos de Vicent era muy parecido al de su blazer. La idea en si le molestó.

¿Por qué tendrías que haberte enterado, de todos modos? —pregunta la vocecilla— *Irrelevante.*

La mirada del muchacho parece eterna mientras asciende hasta su rostro.

Pero su rostro no es de desaprobación, más bien parece satisfecho.

—Si —afirma, la voz de Rowen suena más relajada de lo que realmente quiere parecer—. ¿Vas a reportarlo a la Sra. Gordon?

Las cejas de Vicent, alzadas por la sorpresa, desaparecen momentáneamente tras sus cabellos rebeldes. Su rostro esta completamente a juego.

—No, por supuesto que no —sonríe, pero Rowen sabe que no es legítima. Parece complicado, como si tuviese en la boca palabras que le incomodaran—. Te vi cruzar los árboles, y pensé que quizá después de la caminata querrías unirme a nosotros. Te esperé... —se interrumpe como si hubiese estado a punto de revelar un secreto universal. Su vista se desvía hasta las escaleras y su cuello enrojece, ascendiendo el calor hasta sus mejillas— Quería invitarte a la sala de artes. Los de sexto curso nos juntaremos dentro de media hora, y haremos una activi..

—No me interesa —le corta antes de que continúe. Y realmente no le interesa en lo más mínimo. Su chapucera muestra de amabilidad había fracasado en el momento exacto en que esa idea —y estúpida, cabe decir—, se había cruzado por su mente. Incluso mientras consideraba siquiera sus opciones, estaba destinada desde ya al fracaso.

Ellos dos jamás podrían coincidir. Él jamás podría aceptar las faltas en ella. Y por eso, ese lugar le interesaba absolutamente nada a Rowen. Su educación era la menor de sus preocupaciones. Sus lazos —inexistentes con él—, le interesaban en lo más mínimo.

Pero por su rostro, él ya lo esperaba.

Traspasando la distancia, y deslizándose junto a él, acorta el recorrido entre su cuerpo y una ducha. Y cuando esta llegando a la siguiente planta y el entumecimiento de Vicent parece despabilar, está más próxima a las habitaciones femeninas que al picor de su decepción.

Los humanos y su pobre raciocinio —le repite la vocecilla—. No pueden darte nada de lo que tu verdaderamente necesites. Nada. Absolutamente nada.

Cruzando los últimos pasillos y con el eco de esa afirmación aún en su mente, un alto y fuerte cuerpo se interpone en su camino. Y a pesar de ser involuntario, por la reacción en el rostro del chico, no parece realmente sorprendido.

Rowen se tragó un insulto.

A diferencia de Vicent, Joe era de esos chicos guapos con los rasgos demasiado aristocráticos, que en realidad los hacían parecer inteligentes. Aunque aquello era lo que ocurría con estos niños. Con frecuencia la gente con hermosos semblantes y cuerpos en forma eran erróneamente asumidos por los demás como dotados con cerebros a juego.

Su bronceado y acento americano obstaculizaban su camino. Y su séquito de bronceados amigos soltaron estúpidas risas como si tuviesen problemas para digerir.

—Pequeña... —suelta.

Rowen supone que la mueca en su rostro es evidencia suficiente ante lo que aquel estúpido seudónimo le provoca.

—¿Sabes? —pregunta Joe, una vez ella logra esquivar su cuerpo y pasar junto a su lado. Una sonrisa socarrona estira sus labios mostrando un conjunto de dientes demasiado blancos. El perfecto producto americano— Me gusta tu cabello, ¿puedo tocarlo?

Cuando su brazo se estira para alcanzar la melena de Rowen, instintivamente ésta se aleja de él. Es más alto que ella, sus hombros y brazos más fuertes. Con su complexión no haría más que aplastarla por solo darle cabida a ese pensamiento, si él quisiera. Incluso podría quebrar alguna parte de su cuerpo. Santo Infierno, aplicando la cantidad de fuerza suficiente...

No seas ilusa, muchacha —interrumpe la vocecilla—. *Es un sórdido Humano. ¿Que podría hacer él contra ti?*

Un escalofrío recorre su cuerpo.

Se gira y acelera el paso, concentrándose en la distancia perfecta entre sus pies y la escalera. Solo ochenta y seis escalones para llegar a la siguiente planta. Menos de un minuto ascendiendo. Sesenta y cinco pies de espacio es lo suficiente para mantener esa garganta alejada de sus propias manos...

En el instante en que su pie asciende el primer escalón, la sujetan por la cintura. Sus piernas quedan colgando en el aire, con su cuerpo en una extraña suspensión, girando. Cubriendo su boca con una mano, otro brazo se le aferra por detrás, mientras la arrastran hacia una pared. Cuando su cuerpo impacta contra el frío concreto, el rostro de Joe se pega en el espacio entre su cuello y su hombro derecho. Su respiración es rápida, fuerte y ruidosa. Su pecho asciende, inhalando, como si el mundo se fuese a quedar sin oxígeno.

La esta olfateando.

Joe la esta *olfateando*.

A continuación es solo el instinto de un humano tomando parte. No existe raciocinio, ni cavilaciones. Solo hay probabilidades. Solo una línea divisoria demasiado fina, traslucida, entre su vida ahora, y lo que será.

Un extraño sentimiento se expande por su cuerpo, golpeando duro en su pecho.

Con un temblor en su garganta, Rowen se da cuenta, por primera vez, que desde hace mucho tiempo ella no sentía verdaderamente el miedo...

Entierra sus uñas en la carne de la mano que le aferra, da golpes descontrolados. Desesperada, y sin coordinación ni un gran conocimiento en defensa personal, Rowen logra acertarle un golpe a Joe en el estomago y su agarre logra zafarse por unos instantes. En la vida real, ese es un segundo de una incierta posibilidad, y Rowen lo aprovechó al máximo. Con sus pies se impulsa en la pared, creando el espacio suficiente para arquearse. Intenta alejarse lo más rápido posible. Ascende las escaleras de dos en dos, de tres en tres. Taconeas con fuerza, mientras su respiración hierve en su garganta. Su corazón golpetea descontrolado, casi lo siente abrirse camino por entre su caja torácica...

Entonces, la posibilidad se escurre. El séquito de Joe la sujetan nuevamente. Le tiran del cabello, le agarran de la cintura, y la vuelven a alzar del suelo. Esta vez no le hacen bajar, ascienden con ella apretada entre sus extremidades, estrujándole, hasta la siguiente planta. Cuando comienza a dar una segunda ronda de patadas, la empujan dentro de un aula vacía. Su cuerpo colisiona contra una mesa, arrastrándola consigo al piso. Su mejilla impacta contra algo, tan fuerte y duro, que hace que todo marche más despacio. De un borrón a la calma, es todo tan surrealista. Sus voces son un eco en su cabeza, tan lejanas, como sumergirse bajo del agua...

Pero entonces la alzan nuevamente y le aprietan el cuerpo contra la pared.

—... ¿me escuchaste?—pregunta Joe, susurrándole contra su oído.

Rowen puede oler su sudor y su colonia. Es ácido. Puede sentir su pecho apretado contra el de ella, sus piernas musculosas contra las de ella, sus brazos como tenazas, aprisionándola. Tan ansioso y desesperado. Su boca en su cuello deja un camino húmedo hasta su oreja.

Sintiendo arcadas, y con la bilis ascendiendo hasta su garganta, ella tiene que hacer un enorme esfuerzo para retener su última comida en su propio

estomago. Puede sentir el sabor metálico de la sangre en su boca. Sacude su cuerpo, tratando de liberarse. El pánico asentándose en su estomago, es tan grande y frío... el miedo que cava en ella y se acomoda en sus bronquios como un frío polar...

—¿Te crees mejor que las demás, perra? ¿Te crees la gran cosa por tener un buen culo?

Sacude sus brazos furiosamente cuando la mano de Joe se desliza por sobre su muslo izquierdo. La tiene áspera, sudada y caliente, y cuando la mantiene victoriosamente en su trasero aprieta tan fuerte que teme vaya a dejar una marca de su asquerosidad. Entierra sus uñas en su rostro, y le asesta otros cuantos puntapiés.

—¡Joder, par de inútiles. Agárrenla! —Logra meter sus dedos en uno de sus ojos antes de que le agarren desde las muñecas y las alcen por encima de su cabeza.

Le azotan nuevamente contra la pared, manteniéndole inmóvil por la garganta. Joe gruñe, tratando de introducir una rodilla entre sus piernas. Y ella lucha tan fuerte para que no lo logre. Lucha tan desesperadamente. Pero es inútil... es totalmente inútil.

Muéstrales —dice la vocecilla— *No harás nada que no se merezcan ya. Muéstrales...*

Cuando Rowen suelta un grito que le desgarran la garganta al sentir la cadera de Joe contra la suya, la risa de éste hace que su pecho tiemble. La abofetea con fuerzas, mientras uno de sus amigos logra desgarrar su blusa dejando su sujetador de encaje negro a la vista de todos. El tintineo de los botones contra el suelo es lo último que Rowen escucha antes de sentir la mano de Joe apretando su pecho.

—Mierda, mira esas —dice uno de sus amigos que revolotea alrededor. Mientras Joe se aleja unos centímetros para admirar su trabajo, suelta un silbido de admiración—. Son lindas, ¿no?.

—Haremos turnos, ¿vale? Yo seré el primero.

Al escucharlos reír nuevamente, algo en el pecho de Rowen se aflojó. Y mientras una espantosa sensación de entrega se le asentaba en la parte baja del vientre, como si una mano lo comprimiera, intentó enfocar su mente en algo, cualquier otra cosa que no fuesen sus sensaciones físicas.

Cerrando sus ojos con fuerza deseó que todo terminase rápido. Y fue entonces cuando unos ojos del color de la noche llegaron a ella. Negros,

fríos y crueles.

Y todo fue caos.

Gritos desgarradores, y el cuerpo de Joe alejándose con fuerzas, mientras sus frenéticas manos buscaban asirse en los hombros de Rowen. Los amigos de éste moviéndose y gritando frenéticamente también, cubriendo sus cuerpos de algo que Rowen no podía ver. Sombras crepitaban sobre su vista, sobre los asquerosos tipos, sobre sus cabezas y brazos. Sin embargo, sus rodillas cayeron pesadamente contra el suelo, y eso fue lo único que importó. Con la cabeza dándole vueltas y los ojos llenos de luces intermitentes, se levantó a rastras del suelo, se acercó a la puerta con piernas poco fiables y corrió a toda velocidad, lejos de los gritos. Tropezando contra las paredes, contra las escaleras, y contra las puertas, sus pies golpeaban contra el suelo con fuerzas. Estaba fuera, pero no estaba libre aún. Corrió hasta que su cuerpo golpeó la puerta de su habitación, y con dedos torpes y manos temblorosas la empujó, y cruzó.

¿Que había sucedido? ¿Que demonios había sucedido?

Su conciencia volvió a la carrera, y repentinamente todo en lo que podía pensar era en lo que sus ojos habían visto.

¿Había sido ella? ¿Había sido realmente ella?

Empujando con sus pies y su espalda un mueble hasta la puerta, lo deslizó por el piso hasta que se encontró lo suficientemente segura, y se dejó caer. No sabía en que momento después de eso, ni cuando exactamente se había levantado del suelo. Pero no fue hasta que el agua caliente de la ducha cayó sobre su rostro, que sintió el dolor vacío y latente en su pecho. Sus manos quitaron frenéticamente la ropa de su cuerpo hasta quedar completamente desnuda, completamente limpia de esa asquerosidad, completamente despojada de todo. Pero sin importar, Rowen aún podía sentirlo sobre ella. Su respiración resonando en sus oídos, sus caderas fuertemente contra las suyas mostrando su excitación.

Ni el agua ni el jabón la podrían ayudar. Si tan solo pudiera vaciar el contenido de su estomago, posiblemente la tortura disminuiría...

Su garganta convulsionó como si se fuese a quedar sin aire.

Bajo el torrente calor, donde sus brazos temblorosos cubrieron su pecho desnudo y sus frenéticas manos limpiaron la carne hasta dejarla al rojo vivo, Rowen sintió la fría ausencia de una parte en ella que nunca antes había creído importante. Una parte en su interior que esperaba, y que ya no estaba.

Sus rodillas chocaron nuevamente contra el suelo, al igual que sus manos en un montón de extremidades sueltas. Y mientras su brazo rodeaba su estomago bajo el agua que no lograba dejarla verdaderamente limpia, su corazón se rompió, y su garganta gritó por el dolor. Gritó por todo lo que no podía sentir. Y gritó por todo lo que ya había perdido.

Capítulo 3

La Profecía del Cuervo
Capítulo 2

Florida, séptima noche de Julio, del 2010

Evangeline se había preguntado más de una vez que significaba exactamente el ser *normal*.

Con su cabello trivialmente rubio entre un montón de otros rubios en Coral Spring, sus ojos de un azul aciano ni muy claro ni muy oscuro, y su tez clara que rechazaba constantemente el bronceado cubriéndose en consecuencia de un rojo furioso, su persona no resultaba más memorable entre otros que poseían los mismos rasgos de un común americano. Mucho menos cuando su vida estaba estrictamente diseñada aún por esas constantes obligaciones de una joven de dieciséis años. Con su carrera matutina para alcanzar el autobús estudiantil, el repaso apresurado de deberes antes de ingresar a una clase y su trabajo de medio tiempo que le proporcionaba el dinero suficiente para sus mundanos caprichos, se le clasificaba regularmente como demasiado *corriente*. Bueno, casi en su totalidad. Y como a cualquier otra chica que fingía no ser *anormal* entre un montón de *normales*, también la rutina de levantarse por las mañanas, el tener una baja popularidad entre compañeros y comprar diariamente tiempo con Ricky por sus entradas tardías al trabajo, se le extinguían también hasta las barreras más resistentes de su naturaleza.

Una naturaleza que dibujaba una línea divisora demasiado gruesa entre la normalidad *Humana*, y Evangeline.

Pasados unos minutos, cuando el delantal negro se ajustaba perfectamente en la cadera de Evangeline y su celular era voluntaria y pacíficamente depositado en la canasta de Ricky, las campanillas sobre las puertas del Domo resonaron anunciando la llegada de un nuevo cliente. Desde la periferia, ella observó como un chico alto, de hombros anchos y cabello rubio caminaba hacia una de las mesas y depositaba su cuerpo todo despatarrado en uno de los acolchados sillones color naranja. Evangeline lo reconoció al instante. De hecho, no había nadie que no reconociese a Joshua Lewis, el capitán del equipo de fútbol en Corenstone.

El Apuesto, Ardiente, y Rey del Instituto Joshua-Lewis.

A Evangeline le extrañó que viniese solo, cuando normalmente era perseguido por su sequito de jugadores y animadoras, pero de todo modos tomó eso como una oportunidad. Respiró hondo, y reajustando su coleta alta se dirigió hasta Joshua. En una de las mesas de la esquina, se percato que Jazmín, su compañera de trabajo y buena amiga, le levantaba un pulgar.

Joshua no la miró cuando pasó a su lado, y tampoco lo hizo cuando estuvo frente a él. Sus dedos vagaban sobre la pantalla de su celular despreocupadamente, y cuando Evangeline sintió que sus nervios iban a explotar carraspeó, y sacó su libreta de apuntes para tener sus manos ocupadas y estas dejaran de moverse.

—Hola... —balbuceó— Soy Evangeline. Me siento detrás de ti en Literatura. Y compartimos laboratorio en Química I.

Oh-Dios, pensó. Di algo coherente, Evangeline, que no están en el Instituto. Pregunta si necesita algo.

—Uhm... —restregó su mano libre contra su delantal negro— Voy a todos tus partido, ¿sabes? Yo... realmente no entiendo mucho de futbol, pero pienso que eres un mariscal increíble. Bueno, no es que conozca a muchos, de todos modos. De hecho solo te conozco a ti, pero realmente se nota que sabes lo que haces.

El alzó su mirada como quien se percata de pronto que un mosquito se inmiscuyó en su comida, y como cada vez que un profesor se dirigía a él en clases, extendió una mano y tiró de sus audífonos.

—¿Dijiste algo?

Sus mejillas enrojecieron furiosamente.

—Uhm, gracias por venir al Domo —respiró, recojiendo los trozitos desperdigados de su dignidad— ¿puedo ayudarte en algo?

Las campanillas resonaron estrepitosamente, y con bastante ruido y escandalo el sequito de Joshua ingresó por la puertas. Joshua se incorporó un poco y Evangeline se hizo a un lado avergonzada mientras el grupo de amigos saltaba, maniobraba y se acomodaban repantigados unos contra otros.

Evangeline sintió la mirada de Joshua sobre ella, y su corazón saltó.

—Queremos ocho hamburguesas con costillas a la barbacoa a un lado, y ocho vasos de Coca-Cola con hielo —la risa estalló en el grupo de chicos como si un interruptor se hubiese accionado de pronto, y el pedido fuese alguna clase de chiste ultra-mega-híper divertido. Evangeline intentó

ignorarlos, como se esforzaba cada martes por la noche cuando el sequito tenía el honor de sentarse en una de sus mesas, pero sus manos temblaban. Joshua prosiguió—. Oh, y queremos nachos.

Por supuesto que quieren nachos, pensó.

El deslizamiento del lápiz rojo fue rápido e irregular, al igual que la caligrafía redondeada. Y ante el estrés, el fluctuar desesperado de su *Segunda Vista* ascendió. Esto sucedió rápido, y como siempre ocurría con Joshua, su cliente habitual y su vergüenza constante, esta vino con mucho ruido y un exceso desbordante de amor propio. Y esto era lo que siempre le ocurría también a Evangeline, quien no podía detenerla. Primero era la fatiga, el sofocamiento, y luego-demasiado-luego, la explosión de colores.

La Bendita y Reveladora explosión de colores.

Hace doce años que Evangeline se había enterado por boca de su propia madre, el gran secreto que conllevaba su existencia. Y en un principio se había sentido única y extasiada al saber que venía de una descendencia de *Salvadores*, a pesar de tener que mantenerlo en secreto de todos. Por lo menos, así lo vio cuando era una niña inmadura que creía en cualquier momento le asomaría las alas por la espalda. La misma niña que creía su vida tenía un significado extraterrenal que la llevarían a hacer grandes cosas. Que estúpida había sido, consideró, creyendo que sería *Cool* el enterarse de los secretos de cada persona a tu alrededor. Ahora llevaba exactamente diez años lamentándolo y sufriendo las consecuencias del legado, y aún con todo eso y a efectos poco prácticos, no lograba acostumbrarse. Evangeline la mayoría del tiempo se limitaba solo a sobrellevar el constante cosquilleo del llamado bajo su piel, recordándole que sin esfuerzo podía más que solo mirar las cosas a su alrededor. Exactamente como su madre le había enseñado, Evangeline solo necesitaba de concentración para mantenerlo bajo control. Pero en estos días, en los que su trabajo le demandaba a su cuerpo una resistencia a gran escala, los aspectos más sensibles de su personalidad resurgían como del vacío.

Totalmente insaciable.

Observando a Joshua Lewis, a quien tenía el agrado de observarle su alta estatura, hombros anchos y ojos tan azules como el mar de las Bahamas, más que solo en Literatura y el Laboratorio de Química I, se recordó que su trabajo también pertenecía al Corenstone High School, su Instituto. El Domo se encontraba a tres manzanas, justo al otro extremo de la fuente de agua. No era exactamente lo mejor en Florida, lo sabía. Había otros locales con más estilo, mejor música y camareras más guapas, pero por una extraña razón, todos conocían a Ricky y si no

asistías a su Domo, no eras nadie en el mundo estudiantil de Corenstone.

Así, los chicos de Corenstone que iban al Domo no solo eran alumnos como Joshua: avasalladores, creídos y dueños fugaces del mundo, sino también compañeros de Evangeline. Y con ese agotamiento mental, ella se sentía a la deriva frente a algo que ella no quería ver, y que nadie a su alrededor sabía. Y como hoy, con todos los muros que se movían como gelatina, el lado trivial de su falsa vida se fue por el desagüe.

Aún escuchando la sofocante risa del sequito, su curiosidad no se pudo quedar a un lado, y alzando la vista mientras tomaba las notas con maestría, Evangeline observó como el chico deslizaba el brazo sobre los hombros de Brittany, su ahora posible nueva novia. Ella era guapa, por supuesto. Evangeline la había visto constantemente entre el grupo de animadoras en el Instituto, con su cabello rubio platinado, ojos verdes y sonrisa de catálogo. Y también sabía que aún estando sentada, Brittany tenía largas y bronceadas piernas y unas sandalias *Jimmy Choo* que se ajustaban perfectamente a sus pies con manicura. Evangeline sabía exactamente cuales eran, y con una extraña punzada de reconocimiento, se recordó que ella no se había podido permitir el lujo de comprarlas cuando observaba las vidrieras del 186 Mack Street. Y tras la persistente punzada aún en su pecho, Evangeline se preguntó si Brittany aún recordaba quien era ella, ya que habían compartido examen con el señor Rupert, hace un año atrás, y pasado un tiempo luego de eso ella le había prestado también sus apuntes en Historia Europea, hace unos meses.

—¡Ey! —le llamó la atención la morena que se sentaba entre el grupo, y Evangeline salió bruscamente de su estupor— ¿Estudias en Corenstone, no?

No, por supuesto que no la recordaban.

Ignoró el impulso de responder, y solo la observó.

—Te he visto... —aventuró, mientras tocaba su labio inferior recargado de brillo labial, en lo que Evangeline sospechó intentó ser un gesto pensativo— ¿No eres una de esas groupie que van constantemente a los partidos de los chicos? —el grupito vitoreó y Joshua besó nuevamente en los labios a Brittany— ¿Eres Angeline, no? Te sientas atrás en las gradas junto a Moni-la-Mona, y Nick el apestoso. Jackson nos contó que te había lanzado la bebida y los nachos en la cara por accidente en el ultimo partido. Por Dios, eso explica tu cabello.

Evangeline sintió que bajo sus pies se abría un gran agujero para

tragársela, y su rostro enrojeció aún más.

—Espero que puedas traer agua embotellada, para nosotras.

Mientras Evangeline sentía que su corazón dejaba de palpar, Samantha cruzó su mano hasta tocar el brazo de su mejor amiga, recargando un poco demasiado su cuerpo sobre el costado de Joshua. Samantha observaba constantemente a la pareja bajo su flequillo con disimulado interés, y mientras que con su pie golpeteaba una pata de la mesa regodeándose de la desgracia ajena, Evangeline aventuró su vista solo por curiosidad.

A pesar de existir un morado resplandeciente con rosa ululando sobre Brittany, el anaranjado ocre de la hipocresía en Samantha se entremezclaba notablemente con el rojo de la traición en Joshua, el novio de su mejor amiga.

Una punzada de decepción la invadió, y perdió el total enfoque de los colores.

Infidelidad.

Evangeline prefería no saber nada.

—¿Algo más? —preguntó al grupo, deseando el poder marcharse de allí para poder respirar.

—Quiero un agua embotellada —repuso Samantha nuevamente, y Evangeline asintió apresuradamente mientras guardaba la libreta en su delantal, e iba tras el pedido.

Mientras depositaba la hoja en el mesón de Orlando no sintió a Jazmín que se escurría justo detrás de ella.

—¿Quieres que atienda yo esa mesa? —le ofreció su compañera de trabajo.

Observándola, se preguntó como la vería exactamente Jazmín. Sentía sus piernas como alambres desequilibrados, y las palmas de sus manos le sudaban. Sin embargo, el color rosa sobre su amiga parecía florecer como una llamarada de sinceridad y sacrificio, y Evangeline le sonrió a pesar de su fatiga.

—Estoy bien.

—¿Estas de broma? —replicó Jazmín, alzando y frunciendo sus cejas en señal de incredulidad— Parecía que te ibas a desplomar en cualquier momento, y temí no alcanzarte cuando terminé con el pedido de la

anciana de allí. ¿Te dijeron algo?, porque esas perras creen que pueden venir hasta aquí y juzgarnos —cruzó sus brazos, haciendo un mohín mientras observaba la mesa más allá—. Si necesitas de Jazmín, solo llámame y les daré un poco de lo mío. Ricky me respaldará. Siempre dice que sus chicas son primero.

—Estoy bien, de verdad —insistió Evangeline, mientras se las ingeniaba para tomar con ambos brazos la bandeja que le deslizaba el cocinero—. Gracias, Orlando.

Le sonrió nuevamente a Jazmín, quien le ayudó a cargar la bebidas y las dos botellas de agua embotellada en respuesta, e ignorando su mohín caminó nuevamente hasta su mesa.

Con esfuerzo intentó ignorar las risas y la mirada descarada de Jazmín sobre Samantha, quien la escudriñaba bajo su flequillo en repuesta. Evangeline fue más consciente que nunca de las manchas de mostaza en su delantal y las salpicaduras de café en su camisa blanca de puntos.

En ese instante supo que jamás encajaría entre ellos. Estos chicos, totalmente *Humanos*, eran demasiado diferentes a ella.

Al cabo de unos segundos, Ricky le hizo un gesto fuera de la puerta de su oficina. Aquella era su noche, se dijo Evangeline, mientras se sentía languidecer.

—¿Algo más? —le preguntó a los chicos, mientras deslizaba sus manos por su delantal en señal de nerviosismo. Negaron con la cabeza así que se marchó rápidamente, entregando la bandeja a Jazmín, quien aún se encontraba a su lado.

Ricky logró sonreírle, hacerle un gesto de cabeza y ofrecerle el teléfono al mismo tiempo.

—Tus padres.

No había necesidad de rectificar, a pesar de que Evangeline tenía solo madre. Y tras tomar su celular de las manos de Ricky, quien como regla primordial tenía estipulado que cada uno de los chicos dejara su celular en una canasta de su oficina para la completa concentración en la labor, caminó hasta la esquina junto al pasillo de los baños y al esconderse allí, Evangeline se permitió al fin respirar.

—¿Qué sucede, mamá? Estoy trabajando.

—Primero que nada, respira. ¿Estas sentada? No, por supuesto que no lo estas, si estas trabajando. Hija, camina hacia la pared y sostente. ¿Ya

estas ahí?

—Mamá —Habló Evangeline con un tono de voz un tanto débil— ¿Estas bien? ¿Sucedió algo? Me estas asustando...

—Llegó el correo, Evangeline.

Durante unos momentos que resultaron demasiado largos, Evangeline no comprendió. Luego, demasiados segundos después, algo en su mente conectó. Le habían contactado. Al fin, le habían contactado.

—¿Lo leíste? —preguntó Evangeline con una extraña euforia.

—Por supuesto que no. Lo reenvié a tu celular —le respondió su madre con súbita seguridad, y tras una larga inhalación, continuó—. Nos vemos cuando regreses a casa, pequeña. Cuídate hija, y procura tomar la locomoción a tiempo.

Y con eso, cortó la llamada.

Evangeline con su fuerte pulso y dedos apresurados busco en su correo. No lo podía creer. La habían contactado.

¡La habían contactado!, pensó incrédula.

Le pareció absurdo encontrarse allí en ese momento tan trascendental, limpiando y atendiendo mesas, soportando un cansancio que parecía no extinguirse nunca. Le pareció disparatado el que a pesar de poseer mucho dinero a causa de sus bondadosos antepasados, ella no dedicase su futuro a algo más memorable que el atender a sus propios y creídos compañeros. Evangeline siempre había sido una soñadora, y en sus minutos de descanso, cuando lograba escabullirse de Jazmín y salir por la puerta trasera del Domo, se apoyaba en el frío metal y respiraba como si sus pulmones se fuesen a quedar de pronto sin oxígeno. Luego, cuando lograba controlar su respiración, se perdía en brillantes fantasías, como por ejemplo, un futuro estudiando lo voluminoso de las nubes. O las etapas de la primavera. O el verdadero significado de sus sueños.

Bueno, en realidad no estaba muy segura de que la imagen en sus sueños le interesase tanto. Sobre todo porque le habían acarreado un miedo espantoso hacia los cuervos, más que un conocimiento sanamente provechoso respecto a esas bestias come-ojos. Aún así, se encontró de punto más cerca de todo eso, y pudo escuchar las palabras que su madre siempre le repetía cuando pequeña.

«...Cada uno de nosotros tenemos un Designio, Evangeline. Cada uno de nosotros tenemos un propósito en esta vida. Puedes nacer con él, así como puedes también encontrarlo a lo largo de tu camino. Pero sea lo que

sea, pequeña, lo reconocerás al instante. Solo mantén los ojos muy abiertos y verás. Verdaderamente verás.»

Y le bastó leer solo el inicio del correo electrónico para sentir que cada una de las piezas de su puzle encajaban al fin una por una.

«Srta. Evangeline Krawford, hija de Danka, descendiente de sangre de Libuse. Gustosos de saludarle y darle la grata y muy esperada bienvenida a Saint Land...»

Creó que su pecho iba a explotar, y estuvo en medio de una crisis existencial hasta que sintió que alguien le tocaba el hombro.

Se dio la vuelta. Piernas largas y melena recogida, Brittany la observaba con elegantes cejas arqueadas.

—¿Te encuentras bien?

Evangeline encontró absurda esa pregunta. Por supuesto que se encontraba bien. De hecho, se encontraba increíble ahora que su vida tomaba un curso realmente significativo. Sentía que al fin pertenecería a un lugar. Entre personas que eran como ella, ya no viviría oculta por ser diferente. Ya no tendría que soportar burlas ni críticas. Ya no tendría que verle el rostro a chicas como Samantha. Y a pesar de observar el morado de la genuina empatía de Brittany, no pudo evitar que su resentimiento por malos momentos anteriores resurgiera como envuelto en fuego.

Observó hacía el montón de mesas que quedaban a la vista más allá del pasillo, y desde allí escuchó el estruendo de la música a un volumen demasiado alto para su propia salud mental. También pudo observar a algunos amigos de Brittany deslizarse hasta la Rockola.

Ni Joshua ni Samantha estaban entre ellos.

—Estoy bien, gracias. ¿Quieres otra agua embotellada?

—Oh, no —repuso Brittany, un tanto avergonzada—. De hecho, te estaba buscando por otra cosa.

Evangeline tardó unos segundos en encontrar respuesta.

—¿Por qué otra cosa me buscarías tu a mi?

A Brittany se le pusieron las orejas coloradas.

—Quería disculparme por lo de hace un rato. Mira, Samantha es así. Solo

debes ignorarla la mayoría del tiempo.

Evangeline se trago su opinión respecto a eso, ya que ahora encontraba la similitud entre Joshua y Samantha bastante abrumadora e injusta para Brittany, quien contra todos los estereotipos sociales no era una mala chica. Sin embargo, contra todos sus instintos y reglas que la empujaban a lo contrario, cedió un poco ante esta y dijo: —Yo también quería hablar contigo. De hecho, tengo algo que contarte.

Luego de que Brittany se marchara, y Evangeline le prometiera que la buscaría después de su turno para hablar con ella, ésta se acercó a la expendedora de bebidas con una nueva perspectiva en su vida. Esta noche todo había cambiado. Mañana sería un día en el que su vida tomaría verdaderamente el curso correcto.

Tras cargar ocho vasos extra-grande de Coca-Cola con hielo, los puso sobre una vacilante bandeja y se acercó a la mesa.

—Nosotros no hemos pedido esto —repuso Samantha, quien ya no tenía brillo labial. Evangeline solo sonrió ante eso, deslizo la bebidas hasta el centro de la mesa y enfundo sus manos en los bolsillo de su delantal.

Observó a Samantha ampliamente, hasta el infinito.

—¿Cuándo fue exactamente la primera ve que te acostaste con Joshua?
—Samantha dejó caer su mandíbula, mientras Joshua expulsaba la bebida no solo por su boca. Sin embargo, Evangeline no queriendo observar a Brittany, prosiguió:— ¿Fue antes de que yo comenzará a ir a los partidos y a sentarme junto a Moni-la-Mona, o exactamente después de que Jackson me lanzara los nachos?

Samantha no contestó, solo se mantuvo rígida.

—Porque claramente, hace diez minutos atrás, no fue la primera vez.

El grupo de amigos vitoreó hasta la mesa en busca de bebidas, y con movimientos frenéticos y ajenos al drama se hicieron lugar para otra ronda de hamburguesas. Hamburguesas que Evangeline no llevaría, por supuesto. Porque de hecho, hace exactamente quince minutos atrás, su vida había dado un giro fuera de Florida, lanzándola hasta la Costa media Atlántica.

—Y por cierto, mi nombre es Evangeline, no Angeline —corrigió a Samantha, quien ya intentaba llegar frenéticamente a Brittany, con un Joshua reticente a dejarla ir—. Disfruten de las bebidas, chicos. Ha sido un honor.

Mientras se alejaba, con un extraño fulgor en su pecho, escucho un sonido demasiado parecido al de la bebida derramándose. Y por los gritos, supuso que había ido a parar directo al rostro de Joshua.

Inglaterra, mismo día de Julio, del 2010.

Isabelle Holmes era una joven sensata, que era exactamente lo que la mantenía en la cima de la excelencia. Había nacido adinerada y en una familia de religiosos, tal y como había nacido también con su largo cabello y ojos de un profundo caoba como su madre, y un coeficiente intelectual excepcional como su padre. Por lo menos, eso le habían dicho sus padres que significaba el ser digna de poseer el apellido Holmes. Con un buen grupo de amigas que la satisfacían hasta en sus caprichos más leves, y un guapísimo novio capitán del equipo de fútbol, habían pocas cosas que la hacían sorprenderse.

De pie a mitad del pasillo, con sus libros aferrados contra su pecho y con Caroline y Rachel a su espalda, ahora lo estaba.

Los tres chicos frente a ella, completamente fuera de los estándares de la Gordon's School o incluso de la *Total-Humanidad*, le obstaculizaban el paso de una forma poco prevista que la hizo creer en un *Dios* por primera vez en sus dieciséis años.

Los tres tenían una piel que hacía a Isabelle pensar que la suya misma no cumplía con los estándares correctos de la cosmética, pero más que eso, eran tan diferentes el uno del otro que en un principio sintió que juntos estaban completamente equivocados, y fuera del plano correcto. Uno de ellos, al que consideró el más ridículamente hermoso de los tres, tenía un rostro anguloso y un cabello tan oscuro y sedoso que la hacían querer deslizar sus propios dedos a través de él. Y sus ojos eran imposiblemente negros, consideró. De hecho, Isabelle estaba segurísima de que en la vida real, ese color de ojos ni siquiera existía. El segundo, y más fácil de contemplar, tenía un cabello castaño desordenado y ondulado en las puntas, y un par de ojos leonados derretidos en miel demasiado dorados, como oro puesto al sol. Y el tercero, el que los observaba detrás con una perspicaz ceja alzada, parecía ver hasta los pecados más ocultos de Isabelle. Su cuerpo sufrió de un escalofrío, mientras observaba su cabello imposiblemente platinado, esos ojos tan celestes que un principio creyó que no poseían tono alguno, y un oscuro tatuaje que parecía reptar

por las solapas de su chaqueta de cuero hasta su cuello.

Y por todos los Dioses Auténticamente Verdaderos —pensó—. Esas botas.

Ella saboreo la vista, abrumada por todas las cosas que su madre le había platicado y que ahora contemplaba como la vida real. Ellos eran magníficos. Unos verdaderos Dioses del Pecado.

Solo hay un dios, dijo su voz interior, demasiado parecida a la de su propia madre. Tienen que ser Ángeles. Confundida trató de pensar. ¿Pero no se supone que en el Infierno no hay Ángeles? ¿No era Lucifer un Ángel Caído? Había leído la biblia en su infancia, más por curiosidad que por ser completamente devota, y a pesar de no recordarla bien, había escuchado a su madre platicarle sobre eso. Eso significaba que las hermosas criaturas frente a ella tenían que serlo. Isabelle ahora comprendía que debería haber escuchado a su madre más atentamente cuando esta se lo pedía, pero ya era demasiado tarde para arrepentimiento. De hecho, observando esos fríos y oscuros ojos y esos labios tan bien perfilados, se dio cuenta que no estaba realmente arrepentida tampoco. Si él esta allí, puede llevarme al infierno también, pensó. Hizo una lista mental con todas las cosas malas que había hecho. Tener relaciones sexuales fuera del matrimonio. Emborracharse antes de cumplir la mayoría de edad. Copiar en el primer examen del Señor Christopher, en Biología. Mentir a Rachel con respecto a su dieta. Ignorar y no preocuparle si Dios existía.

—Estoy lista para ir contigo —susurró.

El rostro del joven de cabello negro se mostró momentáneamente sorprendido, luego frunció el ceño.

—¿Ir conmigo a donde?

Su voz le dio escalofríos, y la sintió vibrar hasta en aquellos lugares que no sabía que podían vibrar. Juntos los tres, eran tan alucinantemente hermosos y tan sexualmente magnéticos, que tuvo que recordarse que era imposible que fuesen *Ángeles*. Y que técnicamente no estaba muerta, o al menos eso creía.

¿Pero antes de eso, le habían exactamente preguntado algo? —se preguntó—. Eso creía.

Como no parecía formar un pensamiento coherente, y ninguna de sus amigas parecía capaz de formar palabras, Isabelle farfulló sorprendida: —¿No estoy muerta, verdad?

El de cabello negro como el espacio entre las estrellas, habló nuevamente: —No lo estas. Estamos buscando a Rowen Strauss, cabello rojizo y ojos grises. Admisión nos dijo que estaba en sexto curso, en esta planta del edificio B.

Isabelle sintió nuevamente su voz a través de cada fibra de su cuerpo, y sintió celos de que no la buscasen a ella. Estaba segurísima de que tenía más derecho a acompañarlos que esa tal Rowen de ojos grises.

—Entonces, ¿ustedes realmente no son *Ángeles*?

El de cabello rubio platinado, con un corte de cabello estilo *Tupé*, respondió incrédulo: —Gracias a Dios, no. ¿Quién querría ser uno?

—Liam... —dijo el joven de cabello negro entre dientes. Isabelle se sintió eufórica al saber uno de sus nombres.— ¿Puedes decirnos donde se encuentra?

—De acuerdo —se encontró diciendo Isabelle—, pero en estos momentos aún falta para el receso, y de acuerdo con las normas de la...

Sin motivo aparente, la materia gris de Isabelle cambió de dirección drásticamente, como si chutearan su cerebro a la deriva de una dirección a otra. Se encontró a si misma diciendo nuevamente:— Esta en el aula 206, con el Señor Saura. Esta subiendo por este pasillo, segunda puerta. Pero solo pueden ingresar cuando suene el receso. Oh, y tendrán que pedir pases...

En ese momento apareció la Señorita Kathie caminando apresurada con un folio de papeles en sus brazos. Echó un vistazo a los jóvenes y preguntó: —¿Señorita Isabelle Holmes, esta todo bien?

Isabelle asintió mientras su boca decía: —Muy bien. Ellos son alumnos de intercambio.

La Señorita Kathie, encargada del papeleo del alumnado, los miró fijamente a través de su pestañas cargadas de rímel y sus lentes sin montura. Entonces dio un respingo y se ajusto sus lentes mientras pestañeaba fuertemente.

—Creo que debería regresar. Se me olvidó algo...

Isabelle observó nuevamente a los jóvenes.

¿Qué era exactamente lo que estaban diciendo? —pensó—. Oh, claro.

—Deben esperar hasta el receso, ¿vale? Se meterán en problemas si

interrumpen una clase. Los maestros son muy estrictos aquí.

—¿Ella esta allí ahora?

—Sip, somos compañeras en esa clase.

Esos ojos profundamente negros como el vacío se clavaron en lo de ella, y de pronto Isabelle no podía recordar si después de todo existía una Rowen Strauss en sexto grado.

—Dime —dijo el joven de cabello platinado, sus ojos estaban fijos en ella ahora— ¿Tienes un teléfono celular?

—Sip.

Sin razón aparente su mano se dirigió hasta el bolsillo de su blazer para depositarlo en la mano extendida del chico. A mitad de camino se preguntó por que debía darle el suyo. Por supuesto, lo necesitaba. Sin problemas. Ella debía dárselo.

—¿Cuál es la contraseña?

—¿Perdona...?

—La contraseña, ¿Cuál es?

Claro, la contraseña.

—IssyHolmes16

Estaba apunto de preguntar para que la necesitaba cuando la idea de dirigirse a su habitación surgió en su cabeza. Salvo que tenía que ingresar al aula de clases, para entregar los formularios al Señor Saura... No, obviamente debía ir a su habitación. Claramente tenia que hacerlo. Justo en ese preciso momento.

Isabelle masajeó sus sienes sintiendo como si le hubiesen dado un pelotazo en la frente, y caminando directo a las escaleras, se dirigió a su habitación. Porque debía hacerlo por algo, ¿no? Sin dudas.

—La verdad, es que no las entiendo —Liam deslizó la punta de su New Rock en un arco invisible, casi involuntario. Axwel, quien estaba apoyado en la pared adyacente al pasillo, alzó la vista y lo observó con atención—. ¿Por qué las chicas tendrían como protector de su celular una imagen brillante de Hello Kitty?

Con sus dedos deslizó el celular por el aire, para luego dejarlo caer limpiamente en su mano. Su rostro mostraba una mueca de repulsión cada vez que lo giraba.

—¿Y para que lo querías tu, de todos modos? —le preguntó Axwel.

—Se me acabó el saldo —respondió. Luego, con una mirada inquisitiva observó a Axwel—. ¿Te has dado cuenta de como te miran las *Humanas*? Rayos, es realmente repulsivo.

Cuando un profundo silencio cayó nuevamente entre los dos, Axwel frunció el ceño. Era exactamente como observaban a cada *Mestizo*, de todos modos. Incluyendo a Liam, Matthew, y a McCullough. Incluyendo también a Rowen, se dio cuenta. Saboreó ese pensamiento por un momento demasiado largo que lo molestó. Ella tenía esa belleza exótica que naturalmente envolvía a las *Mestizas*, y a las humanas más afortunadas. Habían pocas de esa segunda opción, pero existían.

Observando ahora a Liam, quien ya no tenía el celular entre sus manos, supo que cambiaría el tema de conversación drásticamente.

—Si lo que decías anoche es cierto, ella tendrá que dejarlo esta tarde —le recordó Liam, siguiendo su línea de pensamiento—. Y no participaré en el tener que arrastrarla a la fuerza. Aunque seas tu quien me lo pidas.

A pesar de Liam clavar su vista sagazmente a modo de advertencia, Axwel no le contestó esta vez. Bien sabía él que Liam no necesitaba una respuesta contra la mayoría de sus amenazas, pero en silencio aún así consideró el mensaje. Él tampoco lo disfrutaría, se dio cuenta. Para nada.

Observando más allá de Liam, hacía las puertas que daban ingreso al aula 206 de la Gordon's School, Axwel recordó la noche anterior.

La noche en que la conoció.

La mayoría del tiempo solo habían dejado que Liam, con un extraño e inesperado afán por cooperar, mantuviese una distancia prudente y la vigilase. Y así había transcurrido ya una semana, con Matthew manteniendo su nariz entre libros y posibles teorías y Axwel manteniéndose sabiamente al margen.

Bueno, hasta que ese margen se había roto estrepitosamente la tarde anterior, cuando Liam había irrumpido molesto y le había exigido que fuese su turno. *¿Que había molestado a Liam?*, Axwel ni siquiera lo replanteó, solo se había limitado a asentir.

Aquella misma tarde, luego de que Liam cerrara la puerta de la habitación con un portazo, Axwel dejó que el cosquilleo de la invisibilidad se deslizara por su cuerpo. Se había limitado a ocultarse de la percepción humana para caminar junto a ella durante el día. Ni tan cercano, ni tan distante, pero aún así tras su espalda, observándola. Siguiendo sus vacilantes pasos, con todo el frío y las lluvias propias de Inglaterra, y ese viento amargo que se enrollaba a su alrededor, contempló el panorama que ofrecían estas vidas y la vista de esta chica lo aburría.

Como también lo hacía el tener que soportar la miradas inquisitivas de Liam, cada vez que McCullough les informaba sobre Saint Land.

Se preguntó como una chica como esta, que tenía todas las posibilidades de ser tan solo otra humana, encajaría exactamente en sus vidas. Sin embargo, Saint Land la quería en sus instalaciones y con una morbosa curiosidad no propia en él, su concentración no dejó de buscar detalles que resultasen delatadores. Rowen era demasiado humana para él. Una humana misteriosa, sin padres, sin hogar, y sin una historia. Y lo que les había dicho McCullough respecto a ella era absolutamente nada, y todo se resumía drásticamente a una vida que comenzaba en cualquier registro de Inglaterra desde los cuatro años de edad.

¿Antes de eso? —se preguntó—. Estaba todo perdido.

Deambulando bajo la custodia del Departamento de Asuntos Sociales, entre veinticuatro ciudades dentro de Inglaterra, y sin un lugar fijo, la chica pasaba constantemente por un cambio, y nada la definía. Solo una humana de internado, hasta ahora. ¿Qué había despertado la curiosidad de Saint Land? No lo sabía, y quizá nunca se enteraría. De lo único que Axwel tenía conocimiento era que había algo en ella, más que solo el hecho de ser devastadoramente hermosa, que lo hacían pensar en fuego y desesperación.

Pero aquella noche, cuando observó lo que esos idiotas humanos le hacían a ella, algo en él se accionó.

Y Axwel no pudo quedarse solo a observar.

Él sabía que había sido un total imprudente inmiscuyéndose, y había perdido quizá la única oportunidad que tendría de terminar exitosamente el trabajo. Un trabajo que bien sabía Axwel era su regreso confirmado a *Saint Land*, y la única promesa también en

su vida. Pero Axwel no había podido evitarlo. Sintiendo el hedor de la depravación taladrando sus sentidos, observándola a ella tan frágil e indefensa y escuchándola gritar con tanta desesperación, la idea de aquella chica pelirroja siendo entregada de esa forma al enemigo —porque para él los humanos no eran más que eso—, le resultó insoportable. Frente a eso, su propia furia que en un principio se había mantenido solo reverberando, explotó. Y cuando se dio cuenta, las sombras ya se habían expulsado rápidamente de su cuerpo y los cuervos, insaciables, habían ido a por ellos.

Ahora se encontraban ahí, aún pasado aquello y horas después, esperando.

—Y de todos modos, ¿Por qué enviaste a Matthew? —preguntó Liam, quien ya se había cruzado de brazos y había entrecerrado sus ojos—. Dijiste que ya habías encontrado algo.

Si le dijese la verdad, Axwel se preguntó que pensaría al respecto su hermano, quien sospechaba Axwel había creado un extraño afán por ella. Se preguntó como reaccionaría exactamente, si él le confirmaba que la noche anterior —la noche en que Axwel no les contó nada hasta esta mañana—, él se desmaterializó a su encuentro y la había encontrado en su habitación desnuda y temblorosa bajo el agua de su ducha, llorando y restregando su piel hasta hacerla sangrar. Y que el, atónito ante lo que veía, se había sentido como un total sucio perverso por estar allí.

«¿Pero que exactamente podía hacer él? —se preguntó— Él estaba allí exactamente para eso: Observarla. Y sin importar lo hermosa que era, era solo algo biológico en él. Nada realmente encantador.»

Sin embargo, respetando su dolor, solo se sentó en el suelo junto a la puerta, flexionó sus rodillas y posicionó sus brazos sobre estas quedando totalmente inmóvil. Observó un punto fijo en los azulejos de la pared con decisión durante largos minutos, hasta que dejó de escucharla llorar. Luego, percatándose incómodamente de sus pies y piernas desnudas cruzando frente a él, esperó a que llegara hasta su habitación y se vistiera. Axwel pasó lo que quedó de la noche viendo como Rowen se acurrucaba bajo sus sabanas y caía irregularmente en sueños que la hacían despertar sacudiéndose frenéticamente.

Axwel se preguntó, impotente, porque demonios Liam le había tenido que pedir a él, justo esa noche, que la vigilase.

A mitad de la noche, cuando Liam le había enviado un texto preguntando si había encontrado algo, él había observado a Rowen y con una extraña necesidad, le había contestado: «Si», cuando era una

absoluta mentira.

Observando a Liam, sospechó que él ya lo sabía.

—Quiero que Matthew también lo vea —le confirmó, nuevamente desviando su mirada hasta las puertas del aula en el que Rowen se encontraba. Se preguntó también el porque ella esa mañana no había reportado a alguien más lo que le sucedió, y comprendió que los humanos tenían una extraña necesidad por ser estúpidos.

Cuando los agudos gritos cruzaron las paredes y la puerta azotó la pared, Axwel no estaba realmente sorprendido.

Liam desvió la vista y frunció el ceño, y sus manos saltaron de sus bolsillos cuando vieron a la chica pelirroja franquear el umbral y cruzar el espacio entre ellos como una exhalación. Segundos después, Matthew cruzó el espacio seguido por más alumnos que corrían despavoridos.

—¿Y? —preguntó Liam, quien ya había saltado a su encuentro.

—La chica me vio —resolló Matthew, sin aliento—. Es una *Mestiza* —sus brazos se agitaron— ¡Ella me lanzó *Fuego* directo al rostro!

Ante eso, Axwel sintió un extraño sentimiento en el pecho demasiado parecido a la decepción. Ella realmente era una *Mestiza*, se dio cuenta.

La manos de Matthew inspeccionaban frenéticamente su cabello, que se veía chamuscado en un lado donde su mejilla estaba también enrojecida. Y Liam soltó una carcajada llena de éxtasis, e inspeccionando los alrededores con clara ansiedad, se desmaterializó.

Axwel, sin importarle si Matthew le pudiese o no seguir el paso, se esfumo también en un millón de partículas disgregadas en el aire y se escabullo tres plantas más abajo, donde sospechó la chica se dirigía. En su carrera, Axwel supuso que Rowen corría solo dirigida por su instinto, y no esperó y tomó forma al instante. Segundos después, Matthew asomó más allá, completamente disgustado.

—¿Llamaste a McCullough? —le preguntó Axwel, mientras su hermano acortaba el paso.

—Lo tengo. Tu encárgate de los daños colaterales.

—¿Qué daños colaterales?

—Ya lo verás —murmuró Matthew mientras se dirigía hasta la pared y se

apoyaba en ella.

Una fracción de segundos después, Axwel se hizo una idea. Liam, unos metros más allá, salió del pasillo sosteniendo en un agarre asfixiante a una Rowen incontrolablemente cabreada. Mientras luchaba con uñas y dientes, los sofocados gritos sugerían que poseía el vocabulario de un camionero.

—Dijiste que no la arrastrarías, ¿recuerdas?

—Demasiado jodidamente tarde —respondió Liam desde el otro extremo, luego gruñó—. Se me lanzó encima como una salvaje. Debería dejarla inconsciente, ¿no crees? No quiero hacerle daño.

—Eso sería un secuestro —murmuró Matthew, a su lado. Y Axwel lo comprendió.

Liam gruñó de nuevo y estrechó su agarre, descubriendo esa boca para tomar una de la manos que le arañaban la cara.

La voz de Rowen sonó fuerte y clara.

—Te voy a matar, pedazo de... —la mano de Liam acalló la amenaza, pero no se quedó por mucho tiempo allí. Con un gesto rápido, la quitó y retrocedió rápidamente.

—¡Joder, me mordió!

Rowen corrió directo hacia Axwel, y cuando al fin lo vio, no se mostró exactamente sorprendida tampoco.

La chica corrió de prisa sin detenerse a pensar en que este tercer chico no se quitaría, y a pocos metros ya de él y sin limitarse a solo rodearlo, protegió su rostro y se impulsó.

Y vaya, pensó Axwel. El impacto fue duro hasta desestabilizarlo y lo cargó como un soldado de caballería. Sin embargo, se dio cuenta que a su cuerpo no le importó absolutamente nada. El cuerpo de Rowen colisionó contra el suyo y lo lanzó directo hacia el suelo, derrapando con él unos buenos metros más allá en el piso. Y Axwel, quien había aferrado sus brazos y se había dejado caer guiado por un extraño instinto de caballerosidad, permitió que su cuerpo fuese el que derrapara y recibiese el mayor daño. Sintiendo el cuerpo de ella contra el suyo, y el calor de su temperamento, soportó el agudo dolor del impacto.

Cuando el deslizamiento se detuvo, y Rowen levantó su rostro y lo observó, Axwel ya tenía sus ojos fijos en ella. *Y vaya*, pensó nuevamente. Sus ojos eran realmente de un gris difuminado hasta parecer

blanquecinos. Y su nariz era delgada y respingada, y su cabello era imposiblemente rojizo.

Rowen, quien había entreabierto sus labios incrédula, se sintió ingrátida y devuelta a la realidad cuando Axwel la levantó azorado y la apretó contra su pecho.

—Suéltame —vociferó Rowen, intentando separar sus miembros que de pronto le parecían inútiles. Solo consiguió restregarse más contra él—Suéltame, pedazo de idiota.

Axwel no la soltó, y Rowen se sintió ridícula luchando sin conseguir nada. Claramente él era más fuerte, Axwel lo sabía. Y la retuvo con tanta facilidad, que se enfureció por lo débil que la chica era. Estaba tan mal equilibrada, exactamente como una rama caída lejos del árbol, con brazos delgados e insustanciales, fáciles de quebrar. Como lo eran todos los humanos, se dijo. Pero se recordó Axwel que Matthew había logrado ver algo en ella, y esta vez la observó intentando encontrar un parentesco entre ambos.

No habían orejas puntiagudas, no habían ojos color ámbar...

«Quizá... —pensó— era solo una Humana con la Segunda Vista. Eso explicaría el que se percatase de Matthew en la sala de clases, y el que lo estuviese viendo a él en esos momentos. Aunque eso no explicaría el Fuego.»

—Suéltame, o te romperé la cara... —lo miró con ferocidad, y cuando disponía a terminar su amenaza sus palabras fueron interrumpidas por una de las manos de Axwel, quien había aprisionado sus muñecas con sus firmes dedos, y había retorcido también sus brazos. La deslizó hasta la pared, y la retuvo ahí, completamente callada.

«Quizá... —pensó, repugnándole la siguiente idea— es una Bruja.»

Se sintió despreciable al percatarse que la estaba arrinconando exactamente igual a como lo habían hecho esos humanos la noche anterior. Así que mientras Rowen temiendo ser asfixiada, pataleó y le asesto una patada en la canilla, Axwel sintió una extraña sensación en su pecho al ver que esta vez si se defendía exitosamente. Cuando Rowen hizo presión y cargo su peso en sus muñecas y estas se deslizaron por los dedos de Axwel, éste que no estaba acostumbrado a maldecir, soltó una sarta de malas palabras intentando sostenerla nuevamente. Bajo su mano derecha, la que callaba su boca, Rowen encontró una nueva oportunidad y levantó su pie para una segunda ronda de patadas.

Por el rabillo del ojo vieron a Matthew, quien los observaba entretenido; y a Liam, quien se encontraba realmente cabreado.

—Cuidado hermano, ahí viene otra —le advirtió Matthew, quien le dedicó una perezosa sonrisa a Rowen. Esta reanudó sus frenéticos movimientos, que percibió Axwel solo la restregaban más contra su pecho, y recriminándose así mismo observó como Rowen enrojecía. En ese mismo instante, éste se alejó más de ella.

Inteligencia, vigorosidad y sangre fría. Especialmente sangre fría. Axwel tenía cada una de esas virtudes en exceso, por lo que lo hacían permanecer bajo control frente a una crisis, sin replantearse absolutamente nada. Pero eso no significaba que la compasión no fuera necesaria en cada cosa que hacía. Se dio cuenta, que esa tarde, tenía mucho de esa última, y poco de las anteriores.

—Te soltaré —le prometió Axwel, quitando la mano de su boca. El cuerpo frente a él solo se puso tenso—. Solo queremos hablar contigo.

Rowen soltó una risita incrédula, y Axwel comprendió el que no le creyese, pero no comprendió su euforia hasta que sintió su mano arder. Observando como por sobre las manos de Rowen y hasta sus muñecas fluctuaban lenguas de fuego de color rojo oscuro, sintió la impotencia y la venganza derramarse fuera de ella a borbotones. Deliberadamente tomó con ambas manos las de ella, y dejó que el calor mordiera su piel. Tragándose la llamarada de dolor, la absorbió en sus entrañas, usándolas como un recordatorio de que este era el primer paso para regresar también a *Saint Land*.

—Solo queremos hablar —le prometió nuevamente, mientras Matthew se situaba junto a su espalda dispuesto a intervenir. Liam se mantuvo atrás.

Rowen solo lo observó, y tiró de la comisura de su labio inferior.

—Pues hablemos —dijo entre dientes, extinguiendo el calor de sus manos. Cuando Axwel se alejó de ella, el cuerpo de la chica se flexionó, y cruzó su brazo por sobre su estomago—. ¿Qué quieren de mí?

Axwel convirtió sus manos en firmes puños.

—Queremos que no escuches sin echar a correr —dijo Liam a su espalda, y los ojos grises de la chica se posicionaron en él—. Obviamente, no te haremos daño en el proceso.

La chica no se movió. Se mantuvo rígida y alerta.

—¿Quién es ella? —preguntó. Y Axwel se giró sin comprender en un inicio, hasta que la vio también. A un lado de Liam, alta y con ropa de diseñador, una *Mediadora* sostenía un gran maletín con el emblema de *Saint Land*.

Extendiendo su mano, se acercó a Rowen.

—Soy Lucie Gilmour, y estoy aquí para llevarte a *Saint Land*, tu nuevo hogar

Rowen se tambaleó y puso sus manos detrás de su espalda.

—Sabemos lo que eres —continuó Luce, entendiendo que no estaban permitidos aquella tarde los apretones de manos—. Y es tu lugar el estar con los tuyos.

Era cómico, consideró Axwel una vez sintió a sus hermanos junto a él y mientras el cosquilleo de una recuperación acelerada se extendía por los tejidos de sus manos, ver como fingían darte una opción considerada cuando el final, sin importar si la tomabas o no, sería el mismo. Rowen se iba con ella le gustase o no, pero era el trabajo de esa *Mediadora* hacerle creer que era el camino que debía tomar por voluntad propia. Que era el camino que siempre había querido.

Algunos lo creían y otros estaban completamente convencidos de lo contrario, pero las piezas de un puzle cósmico se alineaban y el juego comenzaba sin siquiera tú sospechar que estabas con la soga al cuello incluso antes de nacer. Axwel sabía que muchas veces en la vida podías elegir tu camino, pero que encontrándote al final ya de este, te percatabas que todo estaba ya predestinado. Había ocurrido con él, con Matthew y McCullough. Había ocurrido años después con Liam.

Como una vida no vivida y como una muerte ya cumplida. *También como una venganza resurgiendo*. En el tablero de ajedrez de su desolada vida, las piezas se habían alineado también, y el juego, como diría Liam, estaba *jodidamente* en marcha.

Vaya, pensó. Muchas veces en la vida no podías elegir tu destino debido a que ya había sido decidido por ti.

Observando a Rowen, y pensando en él mismo, se dio cuenta que lo del Libre Albedrío era una *jodida* mentira.

Capítulo 4

SAINT LAND
Capítulo 3

Alguna Isla perdida en la Costa media Atlántica.

—¿Y bien?

El desnivelado parloteo interrumpió progresivamente la mueca en los labios de Rowen. Y así había sucedido desde el primer encuentro. A lo largo del viaje desde Inglaterra hasta Estados Unidos, los pequeños pero para nada desapercibidos esfuerzos de Lucinda Gilmour por crear conversación habían ido cayendo unos tras otros en picada. Rowen casi logró que se rindiera, pero cuando al fin su renuente silencio parecía convencer a la *Mediadora*, allí estaba nuevamente apareciendo aquella faceta sabihonda.

Su implacable obstinación por comentar sobre *Saint Land* había resultado fastidiosa después de la primera media hora.

Rowen no lograba comprender como a ella, podría siquiera importarle de algún modo ese reformatorio estirado con su importantísimo cuerpo estudiantil, ese impecable profesorado intentando ocultar adolescentes pudientes que no cumplen con las requeridas expectativas sociales, y el asombroso clima que los rodeaba. Sin embargo, ya pasadas las dos horas de aquel monólogo, Lucinda se encargó rotundamente de desmentirlo. Con su fastidioso acento americano, le había hecho escuchar el mismo parloteo cuatro veces en el avión de Surrey a Estados Unidos, dos veces en el ferry hacia alguna isla perdida a lo largo de la costa media atlántica, y ahora una última vez mientras el auto rentado recorría la gravilla sobre un largo sendero poco iluminado.

Cuando el continuo traqueteo del auto pareció terminar, la *Mediadora* aparcó.

Rowen alzó la vista para ver más allá del cristal, y sacó a su cuerpo de aquella postura tan incómoda en la que lo había sometido por exactamente cuarenta y cinco minutos. Sus dedos se deslizaron hasta la puerta y esperó un segundo más para permitirse respirar. En el límite del largo sendero, las pequeñas y coloridas hojas de los ciruelos rojos se veían traspasadas por los finos rayos del sol, absorbiendo por completo aquellas ramas más densas de los liquidámbar y creando un contraste que bajo otras circunstancias podría haber resultado encantador. Y más allá, entre el tono azulado de una píceas y el anaranjado de un falso plátano, se

podían vislumbrar unas inmensas rejas de hierro forjado y gigantes arboles de roble resguardando por completo el camino de acceso. Fue casi imposible el lograr ver más allá de eso, donde la fortaleza parecía ser absorbida por la mitad con pequeños arbustos y helechos extendiéndose a los pies de las rejas y los robles. Frente al auto un portón de acceso se alzaba por sobre sus ojos y le daban sombrías siluetas a la entrada.

Rowen salió del auto sintiendo un tirón en sus extremidades. Y se quedó sin aliento.

Unos cuantos metros más allá, traspasando la fortaleza natural, se erguía *Saint Land*. Y no parecía exactamente una Academia. Con más de doscientos metros de ancho, se veía como una mezcla entre algo salido de una vieja película medieval y la guarida oculta de Drácula. Para comenzar, obviamente tenía más de mil años. Era una colosal estructura de cuatro plantas y estaba cubierta con un alto techo a dos aguas. En sus ángulos y en el medio habían adjuntas cinco torres-escaleras de la cuales una de ellas —la del medio y más alta—, poseía un imperioso reloj, sobrepasando los límites del castillo. Las cuatro torres extremas, con sus techos cónicos multiformes, le recordaban a los techos de las torres del Castillo de Pierrefond, en Francia. Y la fachada principal, que resultaba ser la más intimidante, estaba orientada hacia el oeste y su gablete gótico estaba coronado por una cruz que relucía con el sol.

—¿Qué te parece?

Macabro, espeluznante, y un montón de sinónimos más —pensó Rowen—. *Siempre me había preguntado como se sentiría vivir en la guarida de Drácula.*

Sin embargo, acomodando una mueca cínica en sus labios, le dirigió solo un encogimiento de hombros. Lucinda soltó un suspiro de derrota, mientras sacaba las cosas del auto. Había pasado la mayoría del vuelo fingiendo estar bien con aquel silencio, probablemente para evitar ver aquella indignada expresión. Luego, con sus palabras sacadas de su nueva sección informativa, dijo: —Esta es una de las tantas Academias que existen bajo la protección de la Santísima Iglesia. Hay muchas a lo largo del planeta que están en completa comunión con el Sucesor de Pedro, por lo tanto no debes sentirte nunca más desprotegida. *Saint Land* está ahora para ti —enfaticó—, para guiarte y dirigirte por el camino correcto.

Ante eso, Rowen se tensó.

Aquel pensamiento había estado molestándola desde el primer instante en que lo había escuchado. Por momentos, cuando creía posible el poder comprender, se encontraba con qué la posibilidad de ver a personas que no tenían ninguna relación con ella protegiéndola le resultaba ridícula. Con sus dieciséis años había aprendido miserablemente a no depender de

nadie, y así se encontraba perfectamente bien. Y frente a eso, Rowen no veía necesario el tener que cambiar sus viejas costumbres. Recordó aquel torrente de calor filtrándose por todos sus nervios, y observó atentamente sus pálidas manos. Si las miraba con atención no podía encontrar nada rotundamente fuera de lugar. Cada una de las líneas que recorrían sus palmas y el filo de sus dedos eran tan normales como podían ser las de cualquiera. Pero no lo eran, se dijo. Y se preguntó si Lucinda, con todo ese ánimo y buena vida, estaba enterada de que sus manos llevaban guardando un secreto durante exactamente doce años.

Cuando una fuerte brisa azotó los árboles, removiendo bruscamente su cabello, Rowen no pudo evitar el convertirlas en firmes puños y ocultarlas en los bolsillos de su gabardina azul marino.

Lucinda, unos metros más allá, la miró inquisitivamente.

—Sé lo que estás pensando —inquirió, estrechando sus ojos—. Crees que todo esto es demasiado para procesar en un mismo día —la *Mediadora* simplemente suspiró nuevamente y cerró el auto—. Tendrás mucho tiempo para adaptarte, no te preocupes. Y te garantizo que el hacer amigos aquí será muy fácil. Todos están ansiosos por conocerte...

Rowen se dio cuenta que su cuerpo seguía tenso y detuvo aquella estúpida ansiedad. Aún así, ya era tarde para quitarse aquella molesta idea de su mente. Observó a la *Mediadora*, con aquella perfecta postura y su tan equilibrada mente y se cuestionó: *¿podría ser todo tan completamente sencillo en aquella cabeza castaña?* Porque ese era el único modo, en toda la maldita tierra, de creer que frente a todo su sombrío pasado cupiera la posibilidad de que estos *Mestizos* quisieran relacionarse con ella. Y obviamente no existía la posibilidad de que el currículo de Rowen, comparado con otros, fuese solo un canapé en una mesa repleta de aperitivos más trascendentales.

Lucinda puso sus lentes de sol sobre su cabeza y la miró. Clavó su vista como si supiera exactamente lo que Rowen estaba pensando, y eso hizo que la muchacha sintiera un extraño escalofrío en su columna vertebral. La *Mediadora* parecía ser conocedora de todos y cada uno de sus dilemas, pero también parecía estar cansada de aquello y en consecuencia derrotada. Sus manos estaban fuertemente apretadas en las asas del baúl, conteniendo dentro de sí algo que Rowen tampoco quería saber, de todos modos. Pasaron unos largos minutos hasta que Lucinda, nuevamente derrotada, alejó la vista. Alzó el bolso de viaje, y sosteniendo aún con fuerzas arrastró también el baúl detrás de ella. El enorme portón de hierro se abrió inmediatamente, causando un aullido en el pesado material que resonó a través de silencio, y Lucinda atravesó.

Segundos después, Rowen también lo hizo.

Cruzando las limitaciones de la naturaleza, recorrió un pedrusco y elongado camino sobre un sendero rocoso y observó el alto espolón de roca que sostenía a la Academia a más de setenta metros de altura. En medio de un valle donde esta se sostenía, la naturaleza que ascendía alrededor de ella, entre un bosque de rojizos árboles y una reserva natural de hojas anaranjadas, recorría un largo camino hasta la cima de las montañas.

Cuando acortó la distancia hasta llegar a las escaleras que daban acceso a Saint Land y subió los primeros diez escalones, se ganó una mirada ansiosa de Lucinda, quien ya le había sacado una considerable ventaja.

Para algo que claramente había sido hecho con magia, no había existido intención de hacerlo parecer normal. Es más, los bordes donde todo parecía juntarse no indicaban una coordinación de diseño, y todo terminaba de forma abrupta. Uno pensaría que el resultado podría haber sido más elegante. En lugar de eso, el resultado parecía un palacio neogótico con formas tradicionales medievales y estructuras clásicas italianas. Tres casas que habían sido pegadas de mala manera.

En la cima, bajo una columnata de pilares corintios que sostenían un alargado espacio cubierto, una gigante hiedra enredadera delineaba la puerta principal. Pareciendo una manta verde gigante que se derretía, era casi como si la naturaleza brotara desde las limitaciones del material.

Rowen se preguntó como alguien podría mirar *Saint Land* sin sospechar que estaba todo estructuralmente incorrecto.

—Es hermoso, ¿no?

Rowen, de cualquier forma, no se sentía tan positiva para hablar.

Cruzando el dintel de acceso, hacia el interior, una corriente de energía la atravesó fuertemente. La magia la golpeó directo en el rostro, desestabilizándola. La sensación de ser absorbida por la energía que emitía su alrededor parecía querer algo más que abrumarla. Quizá tragarla, consideró. Por un momento creyó que no volvería a respirar, hasta que Lucinda, entretenida, le dio unas palmaditas en la espalda. Con una sonrisa de satisfacción le indicó que la siguiera.

Una, dos bocanadas más de aire, y Rowen estalló.

—¿Qué demonios fue eso?

—Uhm, es la Transición, supongo.

—¿Transición?

Lucinda que observaba a su alrededor aspiró fuertemente, y si Rowen todavía no hubiese estado aturdida por el doble impacto de los escalones y la Transición, probablemente lo hubiese hecho también. Este era uno de esos espacios donde sentías como si pudieras mirar por siempre, y aun así no verlo todo. El exterior de Saint Land podía ser abrumador como el infierno, pero no era nada comparado con el interior. En casi segundos ya se encontraba casi ciega por las hectáreas de dorado que cubrían todas las superficies. Arriba, el techo abovedado estaba cubierto por una diversidad de frescos, no muy claros en su contenido. Por el aspecto que tenían, no resultaban para nada reconfortantes. Incluso a pesar de no sufrir por las altas o bajas temperaturas, era imposible creer que alguna vez podrías sentirse cálida en una habitación como aquella.

A su alrededor, un puñado de estudiantes vagaba por el lugar, y notar entre aquellos a los nuevos no fue un trabajo demasiado difícil. Embelesados con las estatuas, y las pinturas alrededor mostrando todo tipo de escenas, sus expresiones eran cómicas. Con eso, Rowen no se sintió tan estúpida.

Al cabo de unos segundos se percató que Lucinda había avanzado y rodeado a un grupo de estudiantes.

Rowen tuvo que apresurar el paso para poder alcanzarla, o por lo menos, intentar hacerlo. De pronto sus largas piernas parecían minorar la velocidad. Bordeó un carro con maletas, y jóvenes acomodando valijas. Cada uno de ellos parecía llevar su propio equipaje, y eso casi la hizo sentir culpable de que Lucinda arrastrara el suyo.

Casi.

Mirando a su alrededor, no podía diferenciar que eran la mayoría de ellos. Sintió que en su interior todo se le revolvía al darse cuenta que hace solo unas horas estaba viviendo una vida entre un montón de personas normales. ¿Quién creería jamás que tras un velo de Ey-Mírame-No-Estas-Lo-co, se encontraban un montón de seres que solo creías posible en libros populares y estrenos de cine? Demonios, cada una de las personas eran criadas exactamente para pensar aquello. Lucinda y todo el mundo allí tenían que estar de broma, consideró. Era completamente aceptable el creerte diferente cuando tu cerebro bailaba regularmente el twist al son de la locura. Y si, podías cuestionar tu semejanza a los otros por un montón de hábitos poco sanos, ¿pero de aquí a un extremo totalmente No-Humano?

Cuando observó más allá de su escepticismo, supo a ciencia cierta que ninguno de ellos era Humano. Sus rostros, con un montón de complementos poco típicos, eran más que simple y mundana cosmética. Demasiado apuestos, lo supo. Demasiado perfectos. A pesar de su corta edad y en consecuencia a sus constantes traslados, Rowen había sido testigo de una gran variedad de personas como para pensar de otra forma aún más abierta. Bajo ese abovedado techo y entre esculturas y pinturas, jóvenes con largas cabelleras multicolores y pequeñas niñas correteando y riendo extasiadas chocaban contra ella. Y cuando una de las pequeñas niñas la observó directamente con sus diminutos ojos de un matiz alucinante y le sonrió, Rowen sintió la bilis ascender hasta su garganta cuando entre su melena cobriza diviso el diámetro de sus orejas.

¿Cómo era posible? —pensó—. ¿Qué existieran otras especies con tantas características humanas?

Un poco fuera de sí, no supo si el estudiante al que casi arrojó se trataba de un *Hechicero* o un *Metamorfo*, y eso la enfermó aún más. Y dado que todos se veían espeluznantemente como gente normal no había forma de describir la experiencia completa. Y así supo, alarmantemente, que no estaba segura de donde la dejaba eso a ella y al resto de la Humanidad.

—¡Ey, detente! —Lucie, que parecía ya estar aminorando la marcha, dio un traspie cuando Rowen la tomó por el brazo. La velocidad con la que quitó la *Mediadora* aquella mano de su cuerpo le pilló desprevenida.

Me repudia —pensó.

Sus ojos marrones, que habían solido ser cálidos al hablarle se habían apagado, y un leve rubor inundó sus mejillas. Rowen dejó caer la mano con la que sostenía aquel brazo y la apretó en un puño, recordándose el no volver a tocarla.

Retrocedió un paso.

—Mira, lo siento si te tomé de esa forma. No te volveré a tocar si tanto te molesta.

Lucinda suspiró fuertemente, pellizcándose el puente de su menuda nariz.

—No me molestó el que me tocaras, Rowen —aclaró, meneando su cabeza y causando que su corto cabello marrón le revoloteara en las puntas—. Solo te pido que controles tu temperamento. No quiero que me quiebres el brazo en dos, ¿esta bien? Lo creas o no, tengo una hija que no supera el año de edad, y ser madre requiere un funcionamiento ideal de tus dos brazos.

Lucinda frotó su mano por sobre el área en que Rowen la sostuvo, como si le doliera. La incomodidad fue casi palpable.

—Mira, quiero decir que ahora que has cruzado esta nueva etapa tu naturaleza estará constantemente fluctuando. Tu percepción, tu fuerza, tu instinto —quizá fue su ceño profundamente fruncido, o la mueca en sus labios los que delataron a Rowen— ¿No sabes sobre eso?

Negó con la cabeza.

—Ni siquiera sabía que podía quebrar tu brazo solo por alardear un poco. Uhm, ¿realmente puedo hacerlo?

La sonrisa de Lucinda parecía genuina, así que Rowen relajó su postura, y observándola, pensó en las posibilidades de siquiera poder controlar de esa forma su fuerza.

Santo Dios de los Mestizos, ¿realmente podía hacer eso? —pensó.

—Rowen, por eso estas aquí. Y comprendemos que tus circunstancias sean distintas a causa del tiempo en que te has manteniendo aislada. *Saint Land* suele ser más veloz con el sistema de recopilación de datos, pero considerando que estos mismos se filtraron, hicieron tardía tu búsqueda y el procesamiento de inscripción. Llevó un poco de tiempo el encontrarte, por lo tanto llevara un poco de tiempo también el adaptarte. Pero no será imposible —le lanzó una mirada significativa—, porque todos están ansiosos por conocerte.

Asintió en señal de entendimiento.

—Lo capto —sonrió con cinismo, y caminó nuevamente—. Pero ahora, ¿me explicarás exactamente a que te referías con *Transición*?

Rowen, dentro de toda su confusión, creyó que ese era el paso correcto. A pesar de que muy en el fondo sentía su curiosidad explotar frente al solo hecho de que Lucinda parecía conocer más sobre ella que la Rowen misma, se contuvo. Habían un montón de cosas que ella aún no podía digerir, y se sentía ridícula frente a esa desventaja. Así que solo asintió y fue despacio.

La *Mediadora* caminó acelerando nuevamente el paso, pero esta vez Rowen se mantuvo a su lado.

—La Transición es el paso que das para aceptar lo que eres. Sientes a los demás a tu alrededor porque, en estos momentos, ellos también te sienten a ti. Es todo un conjunto, Rowen. Ves todo con otros ojos.

Sopesó las palabras de Lucinda, fastidiándose con lo imprecisa que era.

—Con otros ojos. ¿Te refieres a los ojos del alma, y cosas así?

Lucinda se detuvo para reajustar el bolso de viaje sobre su hombro, ignorando olímpicamente el sarcasmo de Rowen. Mientras continuaban su camino hacia donde quisiera que fuesen, extensos pasillos que parecían venir por todas partes, y enormes esculturas y grabados en el grueso material que recubría el entorno le hicieron parecer que iba con los pies sucios. Sucios e indignos, consideró con una mueca en los labios. Podía sentir el cosquilleo de la energía a su alrededor traspasando su cuerpo, y con curiosidad observó a Lucinda. La *Mediadora* parecía no estar afectada por nada de nada.

Con otros ojos —pensó—. Quizá si se refirió, después de todo, a los ojos del alma o cursilerías humanas.

Observando con otros ojos, dirigió la vista por todo su alrededor. Estaba lleno de cosas surrealistas. A su izquierda una joven estaba gimoteando mientras se aferraba a su familia, con su posible hermana pequeña encaramada sobre una maleta de viaje. Sus pequeñas manos estaban alzadas intentando aferrarse a pequeños colibríes de pecho rojo que aleteaban sobre su cabellera. Y parecía todo tan normal, pero Rowen no se dejó engañar.

Luego de cruzar a la siguiente salida y de quitarse aquel desasosiego, se encontraron nuevamente bajo una columnata de pilares que sostenían un alargado espacio cubierto. Lucinda caminó enérgicamente a través de ellos, y justo cuando se acercaban a los escalones un gruñido sobrenatural resonó en el denso aire.

Lucinda fue la primera en girar. Y Rowen, cuando lo hizo, deseó el no haberlo hecho tan rápido.

Sin saber como ni por qué, todo en su cuerpo gritó peligro.

A unos metros, una familia atlética, muy atlética y muy bronceada con unos ojos del color del ámbar, las observaba. El más joven tenía una mandíbula fuerte de colmillos afilados y puntiagudos tan blancos como la vida después de la muerte y un rostro anguloso que llevaba escrito jódete por todas partes. Todo en ellos resultaba inquietantemente animal.

—Detente, Brad —ordenó el hombre entre dientes. Rowen no comprendió muy bien lo que sucedía, hasta que observando mejor al adolescente entre aquel oscuro y alborotado cabello que le caía hasta la barbilla, se dio cuenta que la observaba exactamente a ella. La mujer a su lado, quien se veía realmente joven y más humana, tenía un agarre firme en uno de los

brazos del chico.

Rowen, bajo toda su confusión, logró enarcar una ceja.

—Pequeño —dijo la mujer, y a Rowen el calificativo amoroso le pareció ridículo considerado que era más alto que ella misma. La mujer deslizando su otra mano con gesto conciliador se acercó más al cuerpo de Brad—. Escucha a tu padre, esto es exactamente de lo que hablamos.

Rowen no comprendía que era lo que sucedía, y con una extraña ansiedad se percató que la vocecilla en su cabeza estaba peculiarmente silenciosa. Brad, de hecho, parecía querer lanzarse sobre ella sin motivo alguno. Rowen de pronto sintió el ardor en sus dedos demasiado débil. Y de repente, tres pares de ojos del color del ámbar estaban sobre ella.

—¡Santa Virgen María! —vociferó Lucinda.

Luego de eso, Rowen no comprendió muy bien que fue lo que sucedió. Brad, que se veía a unos tres metros de distancia, estaba un segundo después frente a su rostro. Tan cerca que ella pudo distinguir aquel aroma que se guardaba exclusivamente para bosques en invierno, la lluvia y el césped húmedo bajo el sol. Era alto y fuerte, podía darse cuenta de lo segundo por la forma en que su camisa se pegaba a su torso. Sin embargo, Rowen no retrocedió. Se mantuvo firmemente pegada al piso.

Cuando Brad bajó su cabeza hasta el límite de casi pegar su nariz con la de ella, su cabello cayó hacia el frente y las aletas de su nariz revolotearon haciendo que Rowen se tensara.

La estaba *olfateando*.

El rostro de Brad, que bajo otras circunstancias hubiese resultado apuesto, se contorsionó en un gruñido.

—¿Quién eres? —soltó.

Rowen solo lo observó, y cuando ladeo un poco su cabeza para observar mejor aquellos ojos del color del ámbar, un mechón rebelde cayó por sobre su frente hacia un lado. Brad siguió detenidamente el movimiento.

—Ya basta.

La voz cruzó el espacio, sacando a Brad de su enfoque y haciendo que Rowen girara su rostro hacia el sonido. Una niña en un par de zapatillas brillantes estaba junto a uno de los pilares corintios, y ella poseía una seriedad de muerte, con uno de esos enfoques de autoridad que podrían

hacer encoger a cualquiera. Si ella fuese una adulta, claro.

Ella los apuntó directamente con su larga paleta azucarada.

—Nosotros aprendemos a controlarnos, querida. Sin importar las dificultades, no luchamos los unos contra los otros —ella dijo, su voz suave y musical—. Es la línea que nos hace dignos de lo que somos, ¿no lo crees? Sin embargo, puedo añadir Bradwood —la niña continuó, ladeando su rostro al muchacho de cabello oscuro—, que eso es un conocimiento ya viejo para ti.

Él no quitó la vista del rostro de Rowen, pero se alejó unos centímetros cruciales para hacer que ella respirara libremente. El hombre junto a la mujer, el padre de Bradwood, habló con un tono barítono que denotaba molestia: —Me gustaría hablar contigo, Candra. Ahora, si es posible.

No pasó por alto el que la petición contenía también cierta exigencia y reproche.

—Conoces mi horario. Sin embargo, puedes solicitar a Wolf que traspase tus molestias. Amparada por el orden de la Cámara y la Junta, y bajo el estricto tratado de la Alianza, las escucharé.

La mandíbula del hombre se tensó.

—Brad, vámonos.

Luego de un momento demasiado largo, éste se giró para alejarse.

Cuando Rowen recuperó el aliento se dio cuenta del agarre de Lucinda en su brazo. Se soltó y dirigió toda su atención a la niña. Ella parecía estar alrededor de los ocho años, con cabello rubio oscuro que había sido retorcido en una complicada trenza. Desde su prácticamente infantil postura y sus zapatillas brillantes, asumió que era hermana de algún estudiante en *Saint Land* con un inquietante trastorno de identidad disociativo.

—Bien niña —le dijo—. La hora de Zusy terminó, así que ve a buscar a tus padres o algo así. Vete.

Lucinda saltó despavorida a su lado, haciéndole a un lado y provocando todo un escándalo de extremidades al intentar acomodar el equipaje en un solo brazo para estrechar la mano de la niña.

—Directora, perdónale. Ella aún no sabe mucho.

Luego de un segundo de silencio, Rowen quiso también gritar.

¿Directora? —pensó incrédula— *¿Cómo era posible que una niña, posiblemente de unos ocho años, fuese directora de una Academia?*

Algo estaba realmente mal con aquellas personas. O era algún tipo de broma cósmica, o esa supuesta *Transición* le había llevado a algún mundo paralelo donde habitaba lo ridículo.

—Rowen Strauss —la niña dijo con ese tono de voz que Rowen comprendió era demasiado adulto. Degustó las eses en su apellido un tiempo demasiado largo, que la incomodó—. Ahora, no eres descendiente de *Saint Land*. ¿Estoy en lo correcto? —la niña continuó mientras caminaban hacia el siguiente edificio. Los pies de Rowen se movieron bajo el piloto automático de su materia gris.

—No —Lucinda respondió, cambiando el bolso de equipaje a su otro hombro—. Rowen es de Tower Hamlets, Inglaterra, aunque Surrey fue el último condado en el que estuvo.

Cuando el parloteo continuó, Rowen se perdió detrás de ellas conforme ascendieron los impetuosos escalones frontales y entraron nuevamente a Saint Land. Para dar espacio a la locura y no sentirse abrumada, decidió entretenerse en la decoración. El masivo vestíbulo estaba dominado por una monstruosa escalera de doble espiral que ascendía, digna de ser la hermana melliza de *La Doble Espiral de Giuseppe Momo*. En el espacio en medio de esta, donde los dos pliegues espirales estaban imbricadas a un núcleo hueco, había una enorme escultura de un ángel caído. Estaba recostado desnudo sobre una roca, con su cabeza sobre un brazo flexionado, mientras el otro caía descuidadamente. Sus alas estropeadas estaban desparramadas por sobre su espalda, hasta el suelo. Parecía derrotado, triste y sin esperanzas. Quizá incluso dormía. O lloraba.

—Conmover, ¿no crees? —inquirió la niña, dudosamente complacida—. Estos son los inicios de los *Mestizos*. El origen.

Rowen demoró solo un segundo en descubrir que no hablaba solo de la escultura del ángel caído que dormía, sino de una serie de esculturas más alrededor del vestíbulo, armonizando la secuencia de imágenes post-apocalípticas en las paredes.

Las espléndidas figuras eran todos ángeles caídos, y parecían muy irritados.

En la esquina más alejada y donde todo parecía comenzar, las paredes estaban cubiertas por un enorme fresco que representaba la más excelsa producción artística de todos los tiempos. Frente a él había un ángel caído con sus manos apoyadas sobre el cuerpo de un animal sospechosamente

inerte. El ángel en su izquierda se veía cubierto estratégicamente por una gran variedad de pequeños animalillos. Alrededor de su pierna derecha una zarigüeya lo rodeaba con gloria y maestría, mientras sobre su brazo extendido hacia un lado ardillas correteaban hasta su cuello, y un sinfín de pájaros cantores se posaban por sobre sus hombros. Él parecía ser el único feliz, consideró. A la derecha dos se situaban junto a un roble, con uno acompañado de un imponente lobo malhumorado. El otro tenía su oreja pegada a la madera, como queriendo oír una conversación ajena. El siguiente ángel les estaba dando claramente el mejor enfoque de su espalda musculosa, mientras las observaba por sobre su hombro. Y en el medio, el ángel más alto e imponente, claramente estaba abatiendo a Lucifer con una lanza.

La niña, quien observaba aquel último Ángel, se aclaró la garganta y continuó su tour.

—Muy pronto sabrás cual será tu designación, Rowen Strauss. *Saint Land* esta conformada por una variedad proporcional de habilidades, tanto en el ámbito terrenal como en el espiritual. Se te asignará un grupo de profesores encargados de ayudar en tu desarrollo extrasensorial, como también en tu rendimiento físico —su mirada se volvió inquisitiva—. La mayoría de nuestros alumnos son enviados aquí poco después de que ellos revelen su naturaleza. Pero siempre hay excepciones, tales como tú misma.

Rowen se preguntó cual podría ser esa naturaleza, pero ahogó el deseo de preguntar.

—Hay habitaciones separadas para hombres y mujeres —continuó la Directora, con su particular postura infantil y convicción de adulto—. Sin embargo, no por razas. Cada Mestizo en Saint Land aprende a vivir con otros Mestizos. Ese es el plan inicial. Y ya que ese es nuestro propósito central también, la convivencia está amparada por las leyes de la Alianza, por lo que no están permitidas las distinciones aquí. Todos convivimos con todos, sin excepciones.

Rowen pensó en aquel extraño comportamiento en el padre de Brad y como la niña lo había abatido con autoridad. Lo comprendió y asintió sin darse cuenta de que lo estaba haciendo. Y observando las estatuas se preguntó si sería un problema el que las habitaciones fuesen designadas al azar, aún sin ella saber cual era su característica más ventajosa frente a una naturaleza que desconocía. Se preguntó también cual de esos Ángeles podría ser su abuelo más lejano, para saber cual era su lugar entre un montón de extraños. Luego de un momento consideró que aquello era ridículo, ya que desconocía la identidad hasta sus propios padres. Aún así se aventuró. Claramente el que se veía rodeado de animalillos estaba lejos de ser una opción. Se veía bastante carismático, y si Rowen se había visto excluida de ese carisma, lo había sido también de

aquel amor por los animales. Las pequeñas criaturas, tales como las ardillas y las zarigüeyas, le fastidiaban.

Cuando el silencio se extendió, Rowen enfundó sus manos en los bolsillos de su gabardina, no dispuesta a preguntar nada.

El sonido de pasos apresurados las sacó de la incomodidad del momento.

Saltando escalones de dos en dos, y con su mano firmemente apoyada en el borde de la escalera, una joven se apresuraba por llegar hasta el primer piso. Rowen temió que cayera en un montón de extremidades sueltas justo frente a sus pies, desparramada en alguna posición contorsionada como aquellas que se pueden visualizar en una escena del crimen. Sin embargo, sus pasos eran firmes y resueltos, desafiando la ley de gravedad.

—¡Señorita Krazfork! —llamó la Directora. Rowen aún no se podía quitar la inquietud que provocaba aquella voz chillona y tan autoritaria en sus oídos.

La joven, quien ya había depositado ambos pies en suelo seguro con la gracia de una bailarina de valet, rodeó la esquina de la escalera. *Su piel es demasiado translúcida*, fue lo primero que pensó Rowen. Pálida, con unos ojos azules demasiado expresivos y mejillas redondeadas y sonrosadas, como esas pequeñas muñecas de porcelana que te regalan sonrisas a través de su cabello rizado. Llevaba un abultado vestido floreado con zapatillas de bailarina a juego, y aunque sonreía con gran entusiasmo, Rowen se percató que la alegría no llegaba a sus ojos.

Su falta de estatura no fue tan notable una vez se situó a un lado de la Directora.

—Esta es Evangeline Krazfork, hija de Danka, descendiente de sangre de Libuse, en la Nueva Tierra — su sonrisa titubeo, y su cuerpo se encorvó en algo parecido a una modesta reverencia—. Rowen, estarás alojándote con ella este semestre. Señorita Evangeline, esta es Rowen Strauss, de Inglaterra.

Evangeline no pasó por alto el que Rowen Strauss no venía de descendientes directos, y todas lo notaron. Tampoco pasó por alto el que el apellido Strauss no fuese conocido entre la sociedad de *Mestizos*. Aún así extendió su mano con un entusiasmo desbordante. Serían grandes amigas, ella lo sabía. Su corazón lo había sentido en el primer instante en el que la había visto atravesar las grandes puertas. Como una enorme explosión de energía a través de su pecho, que aún se extendía hasta su cerebro: Rowen Strauss sería su amiga, lo tenía absolutamente claro. Y la

idea en si le fascinaba.

Evangeline, al ver que Rowen no correspondía a su saludo, vaciló. Sin embargo, Lucie acortó la distancia y tomó con decisión la mano de la pequeña, percatándose que su agarré era suave, pero firme.

—Encantada de conocerte, Evangeline. Soy Lucie Gilmour, su tutora legal.

Rowen, quien aún observaba a la joven, se percató de su sonrisa tensándose, como si hubiera tornillos a cada lado de su boca.

—Es un gusto, también.

Sus grandes ojos azules se posaron en ella y parecieron quedar extrañamente suspendidos. Entre su cabello y el espacio vacío, se quedaron desenfocados por un segundo que pareció eterno. Rowen sin saber por qué, sintió un escalofrió en su columna vertebral preguntándose que es lo que ella veía.

Lucinda, tras unos segundos, suspiró y depositó pesadamente el bolso en el hombro de Rowen. Logró distribuir peso, deslizar una gruesa carpeta desde el interior de su cartera, acercar el baúl y poner los papeles en las manos de esta. Todo con una sonrisa profesional y eficiente.

—Mientras los adultos hacemos papeleo, ¿Qué te parece si Evangeline te muestra su habitación, Rowen? —acomodó mejor la carpeta entre sus dedos. Rowen se percató que cada sección de páginas tenía una pegatina de color. Observando a Lucinda, aquello no le extrañó—. Todo lo que necesitas saber está aquí. Nuestro próximo encuentro será dentro de cuarenta y ocho horas. Si necesitas algo, o si alguna pregunta surge, no dudes en llamar —una pequeña caja envuelta en papel azul brillante con un enorme moño color turquesa fue puesta sobre la carpeta. La sonrisa de Lucie se volvió comprensiva, y el estómago de Rowen se apretó—. Mi número está registrado ahí. Luego pasaré para decir adiós.

—Querida —la pequeña niña puso su mano ligeramente en el brazo de Rowen—, dentro de exactamente nueve horas el cuerpo estudiantil se dirigirá hasta el salón de reuniones. Daremos la bienvenida a un nuevo año escolar, por lo cual es de carácter obligatorio el que cada uno de ustedes se presente. Si hasta esa hora aún no te sientes cómoda con las instalaciones, puedes pedir a Evangeline que te enseñe el lugar.

La pequeña niña dirigió a Lucinda hasta el otro extremo del vestíbulo, dejando a Rowen parada allí sin saber que hacer con el pequeño aparato aún entre sus manos. Luego de un incomodo momento entreabrió su bolso para guardar ambas cosas dentro. No le importó si estas eran

delicadas.

Cuando se acercó al baúl, se percató que Evangeline aún estaba junto a ella. Tenía las asas del baúl entre sus manos.

—No es necesario... —comenzó Rowen, pero Evangeline ya lo estaba arrastrando.

Fastidiada la siguió.

Se deslizaron a través de las esculturas, caminaron junto a enormes frescos de paisajes pos-apocalípticos y ascendieron los primeros escalones de la gran escalera. Enormes ventanales se disparaban desde sus pies hasta el alto techo abovedado, dejando al otro lado hectáreas de tierra cubiertas de verde.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Evangeline, mientras llegaban hasta el segundo piso. Rowen se preguntó si esta podría subir todo ese baúl sin caer muerta a mitad de camino o sin desparramar por todas partes sus libros. Consideró que era su problema.

—Dieciséis —respondió sin importarle mucho.

—¡Yo también! —gritó eufórica en respuesta. Estirando su brazo para tocar a Rowen en un acto inofensivo de complicidad, dudó. Su mano quedó a medio camino, pero se recuperó rápidamente y continuó—. Eso significa que compartiremos la mayoría de nuestras clases, ¿no es eso genial? Hay tantas cosas que quiero aprender, ¿te explicaron que tenemos exactamente cuarenta y ocho horas para reacomodarnos? No creo que sea tiempo suficiente, pero no te preocupes, pedí a la señorita Mai Tar-Williger que reorganizara nuestra habitación. Aún huele un poco a pintura, pero estoy segurísima que te gustará como quedó. Esta es la segunda planta de las habitaciones. Luego, en el tercer piso, es donde nos separamos de los chicos. Ya verás, es todo un incordio. ¿Puedes creer que junto a nuestra habitación se aloja exactamente Benjamín Paris, hijo del Ministro de Estado, en Francia? ¡Jesús, es un chico y nadie parece darse cuenta que esta es la planta equivocada!

Cuando Evangeline dobló la siguiente esquina aún entre parloteos, oyó que alguien blasfemaba y su paso vaciló. Rowen logró adelantarla. Miró más allá y vio al chico de cabello platinado y botas *New Rock* que daba una buena patada a una de las primeras puertas. A pesar de la potencia de esa patada, la madera bajo su golpe no se resintió en absoluto.

—¡Hija de perra!

—Hermano —a su lado, el chico de cabello castaño alborotado puso una mano en su hombro—. Quizá hubo una equivocación. Podemos ir

nuevamente y preguntar si hubo un cambio.

—Esa anciana... —Liam tomó el pomo de la puerta con ambas manos, lo zarandé y soltó otra mala palabra—. Sé que se está riendo de esto ahora. He tenido que caminar por minutos, ¿puedes creerlo? Y una caminata de minutos, tener que ascender esas estúpidas escaleras y encontrarme con que no es mi estúpida puerta sigue siendo una ofensa.

—Deberías sentirte bien —sugirió Matthew—. Ejercicio para los músculos. Fortalece el carácter.

Liam apretó los dientes.

—Tengo un montón de carácter. Créeme.

Rowen no pudo evitar resistirse a volver sobre sus propios pasos.

—¿Los tipos como ustedes siempre andan buscando pelea?

Liam volvió la vista, pero no soltó el pomo. Le dio otro violento empujón, pero se quedó mirando fijamente a Rowen, y se percató de que esta vez no llevaba aquel uniforme remilgado. Una lastima, pensó. Considerando que aquella falda gris plisada dejaba a la vista una buena porción de sus largas piernas. Para su consuelo, llevaba una gabardina azul marino que contrastaba notablemente con su cabello suelto sobre sus hombros, y la tela se ajustaba perfectamente a sus curvas. Quizá a ella le parecía un estilo casual, pero a Liam lo hacían pensar en otras cosas.

—Tienes buen aspecto.

—Tu mano también —le devolvió Rowen, pensando en el mordisco que le había dado el día anterior. Por un momento casi sintió vergüenza. Luego recordó que él la había alzado como un saco de patatas sin ningún tipo de remordimiento, y algo dentro de ella se cerró. No le interesaba ninguno de estos chicos, se dijo. No necesitaba crear relaciones de amistad, ni lazos de compañerismo. Para nada. Entonces, ¿por qué frente a él sentía que podía solo dejarse llevar?

Por todos los Dioses Inconsecuentes —pensó—. *Ni siquiera lo conozco.*

Siguiendo un curso distinto a su sentido común, se percató bien en el tono de su cabello. No era en realidad tan claro como había parecido en un principio. Algunos mechones, aquellos más rebeldes como el que caía por sobre su frente, eran levemente más oscuros, resaltando entre los demás con el mismo tono de sus raíces. Y Liam, quien observaba con una parecida curiosidad a Rowen, le sonrió brevemente con arrogancia y sarcasmo cuando ella lo miró directo a los ojos. El deslizamiento de aquellas rectas cejas oscuras, lo perfilada de aquella nariz y el contorno

de aquella boca tirando de la comisura le hicieron pensar a ella en fríos guerreros de armadura.

Era de un guapo insultante, y aquella visión y sensaciones no le gustaron. Nada en absoluto.

Sostuvo con fuerzas las asas de su bolso y se dispuso a caminar. Evangeline a su lado, quien había estado paralizada en un principio por la vista de aquellos dos chicos, salió de su estupor y avanzó con paso apresurado hasta las escaleras. Matthew se hizo a un lado, sin querer interponerse. Y Liam, como siempre, hizo todo lo contrario.

—Te ayudo —dijo por hecho, deslizando sus dedos entre el material de la asas y el hombro de Rowen. El contacto la alteró aún más.

—Olvídalo... —comenzó nuevamente, entre diente. Sin embargo, Liam ya equilibraba el peso y lo cruzaba por sobre su cuello y bajo su brazo. Las asas se pegaron a su pecho, las solapas de su chaqueta se ajustaron y el tatuaje por sobre el lado izquierdo de su cuello resaltó.

Cuando Evangeline lo observó con curiosidad y recorrió con su vista el patrón tribal de los símbolos cuestionó si habían sido con un propósito ceremonial, como en las antiguas tribu. Siguiendo el contorno perfilado que desaparecía tras su oreja, percibió el movimiento de uno de los límites y se le atascó la saliva en la garganta.

—¿Cuál es tu habitación? —preguntó Liam, caminando ahora por el enorme pasillo. Rowen, quien lo observaba con desconfianza, aminoró la marcha al ver que Evangeline se situaba frente a una de las puertas con un enorme 601 en dorado.

—Ya estamos aquí.

Luego de eso, Rowen no supo que fue lo peor.

Al abrir la puerta, el verde menta de las paredes le quemó los ojos, y el material turquesa brillante de las enormes cortinas fue un terrible asalto a sus sentidos. Y no hubo alivio cuando observó la otra pared. Papel pintado floreado, en tono verde espuma de mar y rosa melocotón, por todas partes. Incluso en ambas camas, en los edredones, los cojines y la butaca de la esquina. Cada uno de los buró, que Rowen contó como seis, tenía en la cima una enorme lámpara con pantalla de encaje. Y ni siquiera supo como llamar al tono aquel en los cojines, sobre la única cama vacía.

¿Frambuesa pastelera? —se preguntó— ¿O gominola azucarada?

Ignorando la risa sarcástica que escuchó a su espalda, y observando la alfombra baja cama de felpa color crema justo en frente, y el vestido

floreado y aglobado de Evangeline a su lado, supo había estado equivocada. Si antes creía que nada podía ser peor, había sido un completo eufemismo.

Capítulo 5

UNA BIENVENIDA A OSCURAS

Capítulo 4

Saint Land, octava tarde de Julio, del 2010.

Evangeline se despertó como sobresaltada por un grito, con el desesperado y confuso anhelo por la realidad jugando a orillas de su mente. Exhausta y tambaleante, asociando de forma confusa su conciencia de la realidad, parpadeó. Luces intermitentes crepitaban por sobre su vista en un segundo, y se puso alerta, temiendo que el sueño le hubiese seguido hasta la realidad. Analizando... y esperando, se mantuvo observando un punto fijo hasta que su corazón se calmó y su vista se adaptó a su nueva habitación. Había estado soñando. ¿Con qué? Con luces. Muchas de esas a su alrededor, por sobre ella, y en todas partes, absorbiéndola. Sintió pánico, de ese que no experimentaba desde el jardín de infantes, y el recuerdo jugó por sobre su conciencia hasta que lo desechó.

La sensación dentro de ella, sin embargo, le hizo recordar otras cosas también.

Ya habían transcurrido dos horas completas, entre miradas furtivas y una ansiedad apenas contenida, sin comprender y sin poder soportar aquella actitud en su nueva compañera. Había llamado también a su madre, que a pesar de prometerse el no hacerlo, no lo había logrado. Lo había anhelado con todo su corazón, más allá de su orgullo y su vergüenza, y todos sus posibles cuestionamientos. Había necesitado escuchar desesperadamente cualquier tipo de cosa que ésta quisiese decirle, desde palabras de comprensión, hasta el frío juicio de la irresponsabilidad por tomar una decisión tan precipitada. ¿Pero que podía hacer Evangeline contra eso? Sí, había ido totalmente a ciegas, pero contrario al pensamiento inquieto de su madre, su decisión había sido tomada desde hace mucho tiempo atrás. Y aún con esa pequeña gota de alivio a su propio carácter, el recuerdo de su madre le hizo sentir de todos modos diferente en su conciencia; totalmente errada. Equivocada de pensar el que las cosas serían sumamente diferentes ahora. Si, se había decepcionado, era cierto. Había sentido un profundo vacío al darse cuenta de que las cosas no estaban resultando ni por asomo, a como ella lo había deseado. Probablemente sería algo momentáneo, se había consolado a si misma. Aquella inquietud que sentía como una piedra en su zapato desaparecería en el momento en que todo comenzara a encajar, pieza por pieza, luego de socializar con más alumnos en la gran bienvenida.

¿Verdad?

Evangeline cerró sus ojos, recordando aquella voz cálida.

—Hija... —en aquel momento hubo un ruido similar al de un grifo cerrándose. Evangeline había podido visualizar a su madre recargada contra la encimera, como lo había visto muchas veces ya. Cada vez que el teléfono sonaba a un lado del lavavajillas y sobre el despliegue de mosaicos de tonos violetas, donde Danka olvidaba la mayoría de las veces el no dejarlo, ella meneaba la cabeza en señal de negación por lo olvidadiza que era ésta. Ahora era exactamente lo que estaba haciendo. Podía visualizarla con su larga cabellera recogida y el auricular contra su hombro, usando aquella fea camisa de leñador tres tallas más grandes que reservaba para sus tardes en casa, y que a Evangeline le hacían recordar al hombre de bigote en los anuncios «Cuidate de los osos, no subas sin un guía», que se transmitían una y otra vez por la televisión a inicios de verano. Aquella trivialidad le hizo sentir un retorcijón en su estomago, y se dio cuenta nuevamente de lo que ya sabía. La extrañaba. Y demasiado— ¿Hablaron? ¿Qué fue exactamente lo que no le gustó?

Evangeline, al recordar aquel rostro cargado de hastío, había sufrido otro escalofrío.

—No... —susurró. Sus ojos febriles se cerraron con obstinación al llanto— No hablamos. Tampoco fue necesario, de todos modos. Lo odia. Lo odia mucho. Me esforcé tanto... madre. La señorita Tar-Williger se esforzó tanto, también.

Recordó aquellas horas recargadas de deberes, con sus jeans favoritos cubiertos de pintura y sus brazos exhaustos por la constante lucha contra un rodillo de casi dos metros de largo. Se había contenido a sí misma, a pesar de sentir la opresión en su garganta y el picor en sus ojos. No lloraría. Eso no arreglaría absolutamente nada. Pero, ¿por qué aquella indiferencia la había lastimado como un latigazo trazando un camino a través de su piel? ¿Qué mal le había causado ella para que en consecuencia esa muchacha le tratase tan fríamente?

La voz de su madre la había traído al presente rápidamente.

—Debes intentar comprender, cariño, que para ella todo aquello resulta nuevo. ¿Dijiste que su apellido es Strauss, verdad? —la muchacha había asentido a pesar de su madre no poder verla, y luego de un segundo pudo comprender el camino de aquella pregunta. Ella también lo había pensado, pero la palabra se había atascado en su mente con desagrado y se había reusado a decirla—. No esta reconocida, Ev. Piensa que para ella puede resultar muy difícil sufrir este giro tan radical en su mundo, por lo que se encuentra reticente a los cambios. Debes intentar comprender, y esperar. No pasará mucho tiempo para que puedas conocer a otros muchachos y

puedas hacer amigos. La perseverancia es nuestra mayor prueba, amor. Te lo he dicho.

Evangeline se sintió agitada por aquellas palabras. Rodeada por su propia euforia, no había sentido posible el que un cambio así pudiese resultar perjudicial para cualquier otro, y se sintió una estúpida.

Por supuesto —se había dicho—. No todos los Mestizos saben que lo son.

Pero fueron las siguientes palabras las que le quitaron por completo la respiración.

—¿Has logrado *ver* algo, cariño? —las palabras traían consigo un significado explícito, y aquello la alteró—. ¿Algo que te diga lo que ella es? Aquello debería darte alguna idea de su carácter.

Evangeline se había sentido enferma.

Cuando había estado ante ellas, a orillas de la gran escalera, había experimentado una gran diversidad de sensaciones. El picor de la presencia de Candra, la Directora, no necesitó de presentaciones formales. Un *Metamorfo* era más que reconocido entre la sociedad de *Mestizos*. Y aquella sutileza de colores en el aura de Lucie, la *Mediadora*, la habían llevado a recordar historias sobre Humanos y fría sobrevivencia a la muerte. Pero con Rowen había estado al borde de ser lanzada a una catapulta. Había intentado ver a través de ella, visualizar algo, y lo que había encontrado le había revuelto el estomago hasta casi causarle náuseas. Evangeline no lograba recordar una situación en la que su magia se había visto reducida a aquello, pero tenía por seguro que el Señor Grem era lo más cercano a esa situación. Y ese era un recuerdo que constantemente deseaba olvidar.

Despacio y con extrema cautela, había entreabierto apenas y unos escasos centímetros la puerta del cuarto de baño, para así observar dentro de su propia habitación. El color de las paredes había llegado hasta ella como una ventisca, y el despliegue de almohadones sobre la cama ocupada le pareció en ese momento, quizá, una exageración. Rowen estaba recostada sobre aquel edredón que poco apropiado parecía para ella. Se había quitado su gabardina, que ahora se encontraba a los pies de su cama, y a causa de la organización del cuarto su postura daba de espaldas al cuarto de baño.

La muchacha pudo soltar la respiración que no se había percatado contenía, y consideró que Rowen estaba demasiado tranquila. Supuso que dormía, o por lo menos, Evangeline así lo deseó.

—Muchas gracias, madre —tras la otra línea se escucho un sinfín de

palabras cariñosas—. También te amo.

Su madre mantuvo el silencio durante unos segundos más. Evangeline sabía que el silencio era su escudo para recobrar la compostura. Y para ordenar sus ideas, por supuesto. Esperaba que fuese más de lo segundo, ya que no quería que su madre se culpara de enviarla sola hasta *Saint Land*. Apenas y había transcurrido un día y algunas horas, y ya se encontraba en cierta parte arrepentida de ir hasta allí sola. ¿Pero no se trataba exactamente de eso? Dejar su antigua vida como algo del pasado, incluyendo sus miedos e inseguridades.

Luego de la llamada, había deslizado su cuerpo a través del pequeño espacio no percatándose de la presencia hasta que impactó contra esta. El golpe fue duro, provocando que la muchacha soltara un quejido, y Rowen retrocediera unos centímetros. Evangeline sintió la culpa de haberse encontrado hablando sobre Rowen a escondidas, sintió la vergüenza de que posiblemente le hubiese escuchado, y sintió la ansiedad de querer explicar la situación. Sin embargo, a pesar de que la incomodidad parecía palpar entre ellas y el rostro de Evangeline enrojecía más y más con cada segundo, a Rowen pareció no importarle.

Ya en la realidad, y tras aquel recuerdo, se quedó quieta. Observó el contenido lanzado descuidadamente sobre la otra cama, y ahogó la necesidad de ordenarlo. Prendas de ropa que habían sido desperdigadas, un cepillo de dientes que saltó y se había quedado hundido a medio cuerpo entre los almohadones, libros que habían rodado hasta la orilla y una cajita cubierta por papel brillante que los había seguido. Y sobre la alfombra color crema, abierta y revuelta, una gruesa carpeta anillada.

Evangeline la observó con atención.

Escuchó con absoluta concentración y pudo distinguir el ruido sofocado en el cuarto de baño. Su nueva compañera de cuarto aún se estaba duchando. Y Dios sabía que ese sonido hacía que el corazón de Evangeline replicara con fuerzas. Una idea se había depositado en su mente, y por segundos, cuando el sonido del agua parecía desaparecer, su curiosidad retrocedía a pasos agigantados.

¿Cuánto tiempo lleva metida allí? —se preguntó— ¿Una, o dos horas? Dios, ¿cuánto tiempo he estado dormida?

En un momento de histeria, se sentó al borde de su cama, observó la carpeta y juntó sus rodillas. ¿Que cosas podría contener aquella gruesa masa de información?

A Rowen Strauss, por supuesto —respondió su mente de forma casi

automática.

Ignoraba en su mayoría el trabajo de un Mediador, pero... ¿por qué necesitaría ella una carpeta?, ¿sería posible que su nueva compañera ignorase, de igual forma, los aspectos de su propia su vida? Quitó la vista luego de unos segundos, con culpa. Evangeline la había reconocido inmediatamente como la carpeta que Lucie, la *Mediadora*, le había entregado a Rowen. Aquí encontrarás todas las respuestas, aquella mujer le había dicho, y Dios sabía que Evangeline también necesitaba respuestas. Pero, ¿quién era ella para fisgonear en la vida de alguien más, y sin ningún tipo de permiso?

Observando a través de su buró, reacomodó su teléfono celular en posición vertical, y luego cambió el aparato a como había estado antes. Pensó en Rowen de pie a mitad de las escaleras, con la vista fija en el paisaje del exterior. También pensó en ella estirando su brazo y quedando a medio camino, temiendo a la perspectiva de lo que podría ella haber experimentado. Su magia actuando, dando respuestas que quizá no quería. ¿Era realmente lo que ella quería? Pasó su pulgar por el cuerpo de la lámpara sobre su buró, deslizándose a través de los límites de la superficie grabada en la madera hasta la cima, y luego giró la pantalla de encaje. Una y otra vez, hasta que el soporte chirrió en protesta. ¿Quería obtener de esa forma las respuestas? Pensó en lo que había preguntado su madre hace unos minutos, y el modo en que había encontrado a Rowen del otro lado de la puerta. Se aseguró que sus post-it en tonos verdes sobre su buró estuviesen en una escala correcta de matices y los acomodó en una posición recta uno sobre otro. Cambió de lugar su reloj de mesa en forma de frambuesa, y pasó la mano sobre la superficie del buró libre de polvo y sobre el lado desocupado en la cama.

¿Qué era exactamente lo que había sentido sobre Rowen? —se preguntó— ¿Qué serían grandes amigas?

La habitación estaba en completo silencio. Al otro lado de las paredes, el ruido sofocado de risas y el deslizamiento de las ruedas de algún equipaje era acompasado. El pequeño indicio del segundero de su reloj de mesa era constante y casi imperceptible, haciendo que sus propios pensamientos parecieran demasiado ruidosos.

Y así estuvo otros largos minutos más. Pensando en lo que suponía debía ser lo correcto, y con alguno que otro pensamiento sobre su vida que se filtraba entre la culpa. Pensó en las actividades que desafiaría y en las relaciones de amistad que crearía en los próximos días. Pensó en todo lo que aprendería en la Academia, y en todo lo que descubriría sobre los demás, y sobre ella misma. Todo lo que su madre no le había contado, y todo lo que para los Humanos era un secreto.

Levantando sus manos, observó el límite de sus dedos y los juntó uno por uno, luego los separó en su totalidad. Faltaban aproximadamente dos horas para que el año comenzase en *Saint Land*. En definitiva, lo que tanto había esperado. Evangeline era ahora parte de la Sociedad de *Mestizos*, a excepción de su madre, su abuela y su bisabuela antes que ella. Evangeline había perdido la cuenta de cuantas veces había intentado rellenar ese árbol genealógico de su propia existencia. Demasiadas, segura estaba de eso, llegando siempre a la misma conclusión: *Saint Land* era su única respuesta.

Y vamos, antes ni siquiera había visto a un *Metamorfo*, por lo que su primera experiencia también tenía alguna que otra cosa buena.

¿Verdad?

Y todo era parte de la realidad de su vida. La verdadera normalidad. Y este sería el momento en que ella y sus nuevos compañeros se irían hasta el Gran Salón y despejarían todas sus dudas. Ella y Rowen compartirían gratas presentaciones y se prometerían un mutuo respeto. Todo muy normal.

Evangeline se inclinó hacia adelante y hundió su rostro entre sus manos, soltando todo el aire de sus pulmones como un grito silencioso e histérico. Se levantó y caminó de aquí para allá, volviendo a poner rectos sus post-it, cambiando nuevamente de lugar su reloj de mesa en forma de frambuesa, ahuecando los almohadones sobre su cama, y luego de que estuviese en movimiento nuevamente, se detuvo frente de una pintura al óleo de un gran manzano.

Sip, simplemente todo muy normal, a excepción de aquella carpeta, que parecía llamarla con demasiada persistencia.

Y vamos, que su curiosidad siempre parecía estar en un punto límite de la ebullición.

Se acercó hasta su equipaje y desempacó un jeans claro y una blusa azul cielo. Los calificó como cómodos y seguros, junto a sus tenis blancas converse de cordones cambiados. Eran sus favoritas, a pesar de estar desgastadas a los lados y faltarle un pasador. No le importó cambiarse en una habitación en la que había alguien más, pero de todos modos lo hizo de forma rápida. Mientras luchaba contra sus tenis, divisó aquel baúl gastado que había arrastrado por las escaleras y se preguntó que es lo que contenía. Ropa, quizá. Todas las chicas arrastraban siempre kilos de ropa tras ellas. Pero habiendo observado a Rowen, recostada y usando unos jeans negros rajados en las rodillas y una camiseta sencilla de tirantes, supo que no era de esas. En lo absoluto.

Continuó cavilando, sumida en sus propios cuestionamientos y envuelta en los mismos reproches que a lo largo del día le habían cambiado el estado de ánimo varias veces, y perdió la cuenta del tiempo transcurrido.

Cuando llegó el sonido claro y frío de la voz de Rowen saltó como expulsada por resortes.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con aquel acento inglés cargado de sospecha, que bajo otras circunstancias podría haber resultado encantador. Evangeline asintió, observando nuevamente la silueta de aquel moratón a orillas de su mandíbula y lo resentido de aquel labio. Rowen avanzó un poco y se quedó de pie a orillas de su cama, observando algo entre la ropa. Evangeline, quien no le había quitado los ojos de encima, entre la piel de su cuerpo que esa toalla envuelta no cubría, pudo divisar otro horrible moratón sobre su omóplato que creaba un horrible contraste sobre su piel. Rowen volvió a preguntar—, ¿podrías entonces dejar de hacer aquello? Es raro.

—Lo siento, yo... —las excusas se aglomeraron en su lengua, sin embargo las acalló.

¿Qué le ocurrió? —se preguntó—. ¿Qué cosa podría haberle ocurrido para dejarla así?

Rowen giró su cuerpo, y con eficiencia y rapidez se sentó sobre la cama. La estaba observando atentamente. Ambas lo estaban haciendo, por lo que Evangeline tuvo que quitar la vista.

Después de unos segundos, Evangeline llegó a la conclusión de que odiaba el silencio.

—¿Necesitas ayuda para desempacar? Soy muy buena organizando cosas, de verdad. ¿O que te parece si matamos de alguna forma el tiempo que nos queda? Podemos dar una vuelta por la Academia. Considerando lo grande que es este lugar tomará un tiempo el caminarlo todo. Un gran tiempo. Oh, pero no te preocupes, la señorita Mai Tar-Williger dejó por aquí un mapa de nivel básico, así que no nos perderemos... —Evangeline intentó recordar donde había dejado aquel mapa. Observando sobre su cama, no lo encontró—. Bueno, estaba aquí, estoy segura. De todos modos no creo que sea tan difícil el recorrer esto, ¿no? Bueno, por lo menos eso espero, porque nunca en mi vida he leído un mapa, ni he estado aquí antes...

—¿Cuál dijiste era tu nombre?

Rowen se había levantado y había dado unos pasos en su dirección. Y ahí, entre su codo y su antebrazo, otro feo moratón contrastó a vista de Evangeline. Era medianamente grande e irregular. Y allí, en el borde

interno de su piel, un extremo de líneas afiladas como dedos. Cuando la muchacha pudo relacionar aquella forma y la posible causa, ahogó una exclamación lo suficientemente obvia para que Rowen se diera cuenta. Intentó no observársela, pero ya era tarde. Recogió algo frente a sus pies y se acercó lo suficiente para extenderse a Evangeline.

Era el mapa que la Señorita Mai-Tarwilliger les había dejado.

A la muchacha se le aceleró el pulso. Rowen fijó su pálida mirada, tan intensa que Evangeline deseó retroceder. Su brazo extendido dejó a la vista el moratón, como desafiándola a preguntar algo. La muchacha no lo hizo. Solo podía pensar en aquella mano y el mapa, y sus posibilidades. ¿Qué haría si lo tomara, agarrarle la mano?

Evangeline a pesar de vacilar, lo tomó.

¿Qué era exactamente lo que le había preguntado? Ah, sí.

—Evangeline. Mi nombre es Evangeline Krawford.

Rowen retrocedió y alzó sus *Doc Martens* del suelo, tomó un cambio de ropa y giró hacia la puerta de baño.

Era alta y delgada, pero poseía el cuerpo de una adolescente y unas curvas generosas. Y su cabellera espesa y rojiza se le enroscaba en las puntas, cayendo sobre sus pechos, sus hombros y su espalda.

Antes de ingresar al cuarto de baño, se detuvo a un metro de Evangeline.

—Solo quiero dejar algo en claro, Evangeline. No te conozco, y tu tampoco a mí. No seremos amigas, así que no te esfuerces en ser amable conmigo. Yo no lo seré —antes de desaparecer completamente dentro del cuarto de baño, añadió—. Y no toques mis cosas. Créeme, lo sabré si lo haces.

Evangeline no pudo evitar observar aquella carpeta, sintiéndose culpable. Y con eso, Rowen cerró la puerta detrás de ella, y dejó a Evangeline sucumbir bajo su propio silencio.

Dos horas más tarde, Evangeline podría haber prescindido de aquel mal encuentro. Si, podría haberlo hecho, y casi lo logró en su totalidad. Sin embargo, la mala sensación y el picor de su molestia aún perduraba, y podría haber incrementado si no fuese por su propio agotamiento.

Saint Land era un lugar inmenso.

Evangeline tuvo la vaga sensación de poder caminar por muchos minutos más, y aún así el despliegue de dorados no se extinguirían. Es más, caminó y caminó entre retazos de viejos reyes muertos colgados por sobre aquellas paredes, hasta que sus piernas protestaron con la terrible sensación de estar caminando en círculos. Estaba asustada. Una constante inquietud le carcomía desde el instante en que había tomado la decisión inquebrantable de seguir por su cuenta, y había abandonado su habitación. Ya no se encontraba tan convencida de aquello. Su corazón se aporreaba contra su pecho y sus pulmones picaban por la falta de oxígeno, con la desesperación de ser observada entre aquellas extensas paredes. Aquello era una estupidez, lo sabía. No había logrado encontrarse con ningún otro joven mientras deambulaba de aquí para allá, y aún así aquella inquietud...

Evangeline intentó quitarse aquel desasosiego, y funcionó solo a medias.

Con la única necesidad de regresar por donde había llegado, retrocedió y se cuestionó si dirigirse hacia la izquierda o la derecha. No lo pensó mucho más. Sobre la siguiente curva, cuando la esperanza nuevamente jugaba a orillas de su mente, más despliegues de dorado recubiertos con grandes tapices que colgaban hasta el suelo la encerraron en una carrera sin fin. Evangeline se sintió enloquecer. Caminó y caminó a paso apresurado, escuchando el sonido irregular de su respiración y el deslizamiento de la goma de sus tenis contra el suelo de baldosas. Uno dos, respiración, uno dos y repitiendo. Aquella inquietud la persiguió por metros, y más allá, entre dos pilares corintios y una flor enredadera, un retrato de rostro blanquecino, demasiado parecido a los anteriores, la hizo trastabillar. Siguió caminando, cada vez más deprisa, hasta que encontró por segunda vez aquella estatua de doncella alzando un pajarillo. Su corazón replicó con fuerzas, desesperado. Estaba hecha un fiasco. Sus músculos se estiraron causando punzadas que casi le hicieron soltar el llanto, y corrió el último tramo que quedaba, acelerando la carrera entre la siguiente estatua y una curva. Tuvo vagamente la esperanza de poder deslizarse hasta el suelo y descansar, pero el terror se fue apoderando de ella cada vez más deprisa, quemando su garganta de forma desmesurada y sofocando sus pulmones, por lo que le fue imposible el detenerse. Y casi al final del pasillo, cuando se encontraba encima de la curva, un impacto la lanzó hacia atrás quitándole el aliento.

Evangeline cerro sus ojos, y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Mierda!

Lo siguiente que supo fue que unas manos le detuvieron fuertemente por los hombros, causándole mucho dolor. Evangeline siguió gritando.

—Mierda, detente... —aquellos dedos se incrustaron en sus brazos como cuchillas, causando tanto dolor por la presión como por la desesperación

de encontrarse atrapada. Mientras luchaba por soltarse, la zarandearon con fuerzas—. ¡Ya basta!

Cuando el firme agarre comenzó a disminuir, la muchacha abrió sus ojos y su respiración se le escapó con desesperación. Lo primero que encontró fue una mirada plateada que la hizo tragar con fuerzas. El muchacho la observaba con unos ojos que no parpadeaban, y su ceño profundamente fruncido le dieron un aspecto aterrador. Evangeline, quien había abierto enormemente sus ojos, logró soltar algo parecido al quejido de un animal herido.

—Vale —soltó éste, empujándola hacia atrás al percatarse de lo cerca que estaba posiblemente de volver a gritar. Deslizó fuertemente sus dedos por entre su cabello rubio platinado, con frustración, como si se cuestionara lo siguiente por hacer. Sus ojos inspeccionaron los alrededores con rapidez, y luego observó a Evangeline nuevamente, quien había dado un traspié y había chocado su espalda contra pared—. Vale, no grites. Dime, ¿alguien te esta siguiendo?

Evangeline no respondió, solo lo observó caminar con la agilidad de un gato por donde ella había estado corriendo segundos antes. Algo en aquella postura la hizo pensar en animales nocturnos al acecho, y se abrazó con fuerzas.

—No veo a nadie. Dime, ¿hay alguien detrás de ti?

—Sí —la voz de Evangeline sonó lejana, por lo que se aclaró la garganta—. Quiero decir, no lo sé. Me perdí... y solo me asusté, creo. Estoy bien.

Mientras la inspeccionaba, el muchacho supo que ella mentía, por lo que Evangeline no dijo nada más. Solo lo observó de vuelta sin parpadear. Lo reconoció como el chico que las había acompañado hasta la habitación. El del tatuaje. A pesar de haber ocurrido aquel encuentro hace ya unas horas, Evangeline no olvidaba la forma tan confianzuda en que se había dirigido hacia Rowen. Por su forma de moverse ahora, y su rostro de postura profesional, nada de lo que recordaba resultaba convincente o siquiera posible. No había nada de aquel andar despreocupado y de aquella sonrisa fácil. Estaba totalmente alerta, con su mandíbula tensada y aquella mirada gris intensa. La muchacha se recordó que no lo conocía en absoluto, y observó las limitaciones de aquel pasillo, sintiéndose acorralada. Algo en la forma en que él la había tomado, y el frío que había traspasado su piel tan bruscamente, la hicieron pensar en otras cosas también.

—¿Me estabas siguiendo? —al ver que el muchacho solo la observaba como si no entendiese su idioma, Evangeline gritó— ¡¿Me estabas

siguiendo?!

Aquello pilló desprevenido al muchacho, quien pareció ligeramente sorprendido por la vehemencia de Evangeline. Este levantó sus manos al cielo.

—¿Seguirte? —preguntó, como si aquello fuese tan ridículo como tinturar su cabello de rosa. Luego soltó algo parecido a una risa. Un sonido que salió de su garganta de forma áspera y solo a medias—. ¿Por qué haría eso?

Evangeline levantó el mentón desafiante.

—No lo sé, dímelo tu —le exigió—. ¿Qué haces aquí, solo por los pasillos?

—¿Y que haces tu aquí? —contraatacó éste. Sus ojos estaban brillantes, y la comisura de su boca se había fruncido, como guardando un secreto que solo él conocía. Evangeline tragó con fuerzas—. ¿Lanzándote contra la gente? No olvides, niña, que fuiste tu la que se me lanzó encima. ¿Me estabas siguiendo tu a mi?

—¿Qué...? —chilló esta— ¡No! ¿Por qué haría eso?

—Exacto —respondió este, algo en su forma de hablarle no le resultaba totalmente seria— ¿Por qué lo haría yo, sin embargo? Vengo de mi habitación tranquilamente, y de pronto, desde la nada, una niña se lanza de improviso sobre mi. No estoy acostumbrado a eso, ¿sabes? —cruzó sus brazos sobre su pecho, recargando la espalda contra la pared—. No a que se me lancen encima, por supuesto. Lo hacen todo el tiempo. Sin embargo, suelen dar algún tipo de aviso. Para la próxima, si quieres lanzarte...

Evangeline lo miró sin poder creérselo.

—¡No habrá una próxima vez! —soltó indignada, y su rostro enrojeció furiosamente—. Estoy perdida, y tú te apareces de golpe, me has dado un susto de muerte y me aterroricé. Dios del Cielo... —murmuró, recuperando el aliento. La muchacha sintió que aún le ardían las mejillas, por lo que se cubrió el rostro con las manos— Lo siento. La señorita Mai Tar-Williger nos ofreció mapas para no perdernos, pero se lo he dejado a Rowen. Aunque posiblemente no lo tomará, esta molesta, ¿sabes? Bueno, y yo creía que sería fácil llegar hacia cualquier parte, pero ya ves. Este lugar es inmenso, y creo que he recorrido este corredor más de una vez —Evangeline se detuvo, percatándose que divagaba nuevamente. Quitó las manos de su rostro y las aferró a su blusa—. Perdona. Hablo sin parar.

—¿Cuál es tu nombre?

La muchacha sintió que su cuerpo comenzaba a relajarse.

—Evangeline —susurró casi entre dientes—. Evangeline Krawford.

—Soy Liam.

Liam, pensó. A pesar de ser más alto, no podía ser mucho mayor que ella, dieciséis... diecisiete, tal vez. Era apuesto, de una forma tétrica y peligrosa. Y sus ojos grises eran tan agudos e inteligentes que la dejaron pensando en lo difícil que sería relacionarse con un chico así. Se preguntó como llegó Rowen a conocerlo, pero ahogó el impulso de preguntar. Ahora la estaba observando, y aquella mirada la hicieron pensar también en el extraño tatuaje tribal en su cuello.

Acostúmbrate —se dijo—. *Estas en Saint Land. Aquí no habrá normalidades.*

La muchacha suspiró. Le palpitaban las sienes y el fondo de los ojos, y cuando alzó la vista para observarlo, él ya tenía sus ojos puestos en ella. Le devolvió la mirada por un largo instante, mientras la comisura de sus labios se tensaba. Una fina arruga se formó entre sus cejas.

—¿Cuánto tiempo llevas caminando por los pasillos?

Evangeline sintió que sus piernas se soltaban.

—Minutos —el chico alzó las cejas con escepticismo. Evangeline aflojó—. Esta bien. Una hora o dos, quizá...

El chico se echó a reír, y giró el rostro para observar el final del pasillo. Para lo poco que Evangeline conocía de su persona, había cierta ligereza en aquella voz que le agradaba. Cuando éste la observó de vuelta, metió su mano en uno de sus bolsillos traseros. Evangeline, avergonzada, se aclaró la garganta.

—Aquí tienes —entre sus largos dedos, él le extendió un papel doblado en cuatro. El mapa. Ella lo tomó con vacilación—. Deberías seguir por este corredor, luego girar hacia la izquierda, derecha e izquierda. Cuando te veas con aquella planta espeluznante que reptan por el techo, giras a la izquierda otra vez. Dijiste que Rowen estaba molesta, ¿qué le sucedió?

—Oh —exclamó Evangeline, viendo que el joven ya se encontraba caminando. Con vacilación, tomó aquella pregunta como una invitación y lo siguió a paso rápido—. La verdad es que no lo sé. No quiso hablar conmigo. Bueno, directamente dijo que no seríamos amigas, pero estaba molesta desde antes, al parecer. Creo que no le gusta *Saint Land*, o quizá

es porque soy su compañera de cuarto. Probablemente sean las dos cosas.

—No la culpo —soltó el muchacho, y una arruga se formó en su frente. Al ver que Evangeline soltaba un suspiro, se especificó—. Me refiero al hecho de no gustarle *Saint Land*. Pero en tu caso, no me preocuparía demasiado. A pesar del dilema con la pintura de su habitación, ustedes congeniarán bien.

—Nosotras... ¿qué? —Evangeline, atrapada en una semiconfusión, aspiró con fuerzas—. ¿Crees que congeniaremos bien? Quiero decir, se mostró bastante áspera...

—Me refiero a que hasta ahora han tenido ciertos gustos... —Evangeline prestó más atención, percatándose que éste soltaba otra vez aquella risa solo a medias—. Las dos se me lanzaron encima en cuanto me vieron. Eso cuenta de algo, ¿no?

A pesar de enrojecer, Evangeline no quiso saber más de aquello. Tampoco le preguntó cuales habían sido las circunstancias que habían llevado a su compañera de cuarto a lanzarse sobre Liam. Era bastante apuesto, no podía negarlo, y como novios parecía algo bastante convincente. La gente guapa estaba con gente guapa, ¿no? Tampoco lo preguntó, de todos modos, por lo que intentó cambiar de tema.

—¿No necesitas esto? —preguntó, con el fino papel aferrado en la palma de su mano. Le resultó curioso el que luego de torcer por una esquina, y caminar junto a seis columnas más, el muchacho no necesitó de orientación alguna.

—No es necesario —respondió, metiendo sus manos en los bolsillos de sus jeans—. Es de Matthew, y solo lo tomé para fastidiarlo. No es mi primera vez por estos pasillos, de todos modos. Ya es una costumbre molesta.

—¿Entonces, no eres nuevo aquí?

—No exactamente...

Giraron hacia la izquierda y luego hacia la derecha, hasta llegar a la siguiente esquina de aquel extenso pasillo. La muchacha estuvo a punto de preguntar si Matthew era algún tipo de amigo, hasta que se percató que pasaban justo por debajo de una enredadera que cubría el techo. Cuando se lo iba a comentar, su corazón palpitó con fuerzas ante la siguiente impresión.

Como un puñado de alumnos más, se encontraron en la entrada del gran salón, de pie y sin poder moverse. Ver casi el lugar repleto fue una sorpresa. A causa de la gran cantidad de estudiantes aglomerados en la

entrada, le fue un tanto imposible el poder observar más allá de dos metros. Pero bajo ese techo abovedado, y entre pilares corintios de gran envergadura, hermosas arañas de cristales resplandecían entre aquellas siluetas, como una noche estrellada.

Era lo más hermoso que Evangeline había visto en su vida.

A su alrededor, dorados candelabros de más de tres metros de altura se alzaban imponentes, y desde su tronco, seis brazos extendidos sostenían sobre su sima velas que parecían pestañear a la multitud. Evangeline no pudo evitar quedar sin aliento una vez observó los vitrales repartidos en diferentes matices de bermellón y escarlata, y a un lado, entre bifurcaciones de tallado y dorado sobre el grueso material de las paredes, hermosas cedas de color rojo vino que descansaban desde las alturas de aquel cielo hasta el piso bajo sus pies. La muchacha observó embelesada, y en el medio de estas, pudo reconocer el emblema de *Saint Land* bordado con hilos de oro. Todo era demasiado perfecto e irreal para Evangeline. Por otro lado, esta no había esperado que la bienvenida se refiriese exactamente a un montón de comida repartida por todos los lugares, hasta el último rincón. Jóvenes uniformados que sostenían bandejas plateadas con sus manos enguantadas de blanco, se hacían espacio entre los alumnos reticentes a moverse de la entrada.

Cuando entre tanta fascinación recordó el que no se encontraba sola, se giró en busca del muchacho para darle las gracias, pero este ya no se encontraba. Evangeline sintió una enorme decepción. Sin moverse de su lugar, lanzó una mirada por los alrededores, entre los alumnos que pasaban junto a ella y los grupos ya conformados a lo lejos. Alzándose de puntillas sobre sus tenis para ver por sobre los más altos, no lo encontró.

No supo cuanto tiempo estuvo buscándolo, hasta que alguien le pinchó en la espalda.

—¿Te quedarás de pie allí, o avanzarás?

Evangeline dio un brinco y se hizo a un lado con velocidad. El grupo de chicas avanzó por donde ella había estado antes, sin molestarse en dar las gracias. Nada más pasar por su lado, alguien susurró:

—Idiota.

Le llegó fría y mordaz, un susurro cargado de mala intención. Ésta, al observar al séquito avanzar por entre los demás alumnos, intentó no dejar que le afectase demasiado. En su antigua vida ya había logrado acostumbrarse a chicas así, por lo que avanzó detrás de un grupo que reía, intentando hacerse espacio. Del lado izquierdo, un bar montado con alguna clase de ponches pintorescos llamó su atención. Un joven uniformado parecía luchar contra una cantidad increíble de vasos por

llenar, entre malabares y otros jóvenes dispuestos a beber aquel líquido de tonalidades fluorescentes. Más allá de estos, casi en la esquina, había un mostrador de registros y una improvisada fila de alumnos que esperaba pacientemente a inscribir su nombre. Evangeline avanzó un poco más rápido y cayó en un lugar en el medio, por lo que aguardó en silencio. No fue hasta que estuvo un puesto más atrás de apuntarse que se percató de quien estaba en frente de ella.

La chica soltó un gritito alarmado al soltar su lápiz, y retrocedió como alejada por un mordisco, pisoteando el pie de Evangeline con fuerzas. Esta recibió la llamarada de dolor hacía atrás con sorpresa, y fue empujada hacia adelante en señal de protesta de quienes aún se encontraban en la fila. Al intentar disculparse y mirar por sobre su hombro, el chico detrás de esta soltó algo parecido a un gruñido. Evangeline, conmocionada por la impresión, se alejó de este y pateo el lápiz que había caído al suelo por accidente. Después del muchacho enseñarle los dientes, se metió un canapé en la boca.

Evangeline se arrodilló como una excusa y ayudó a buscar lo que había caído al suelo, a pesar de que la otra muchacha ya lo había tomado entre sus dedos.

—Lo siento —se disculpó la otra muchacha, entre una risa nerviosa y sus manos en busca de reparar algo que Evangeline no se percató hasta segundos después. El fino cuerpo de madera entre sus dedos extendía por sus costados pequeñas espinas como dientes queriendo dañar a alguien. Y lo habían hecho. En el dedo pulgar de la muchacha una fina gota de sangre se deslizó hasta caer al suelo—. Estoy hiper-demasiado nerviosa, y esto a veces se sale de control.

Un Elfo.

Evangeline respiró con fuerzas, y dejó de escuchar cualquier cosa que la chica y todo el mundo estuviesen diciendo en ese momento. Un Elfo. Había escuchado a su madre atentamente cuando le narraba historias sobre esta raza, pero jamás había concluido en lo cerca que podría estar alguna vez de ellos. Con un poco de temor, expandió sus sentidos, solo un poco, y la observó. La visión la dejó atragantada. Fue como saltar dentro de un libro, uno extenso y muy real—nebulosas de colores que la absorbieron en cálidos matices de flores aterciopeladas la dejaron mareada, y largas enredaderas de azulestrellas que se deslizaban por sobre raíces de glicinas la hicieron abrir los ojos como platos. El calor del sol la envolvió, el sonido del bosque fue escuchado como un llamado a quedarse, y el aroma la confundió. Fue como sentirse en casa, en casa al fin, después de mucho tiempo estar ausente—. Evangeline intentó pestañear fuertemente, quitando también la vista, y solo después de unos segundos logró romper el enlace. No pudo evitar observar a la muchacha con una atención descarada, y enrojeció cuando se percató que esta la

observaba de vuelta.

—¿Estas bien? —preguntó, aún a ras de suelo junto a una Evangeline que no podía dejar de observarla.

Era una muchacha asiática. Llevaba una blusa blanca abultada de cuello negro peter-pan dentro de una falda globo, y una pequeña cartera cruzada a través de su pecho. Sus pómulos delicados, sus grandes y angulosos ojos de un azul zafiro, coronados por un extenso y recto flequillo, y su nariz respingada de piel blanquecina le daban un aire de cuento de hadas. Y gracias a su espesa y oscura cabellera, Evangeline no pudo encontrar las evidencias necesarias para su acusación.

Aún así lo dijo.

—Eres un Elfo.

La muchacha frente a ella ladeó su cabeza en señal de confusión.

—Umh... sí, algo así. Aunque mi familia prefiere más el termino *Hijos del Bosque*. Ya sabes, evita la falsa popularidad —con la gracia de un *Mestizo*, se alzó del suelo con rapidez, levantando también a Evangeline—. Mi nombre es Jude, un gusto en conocerte.

Evangeline se sintió un poco estúpida, y enrojeció. La cuestión era que Evangeline poseía aquella personalidad. Era de mente impulsiva y de ideas demasiado rápidas cuando se encontraba nerviosa, por lo que su boca no podía seguir un ritmo constante a sus ideas y solía no medirse ante una acusación. Saltaba de una conclusión a otra, y por muy vagas que fueran y sin importar lo ridículas que sonaran, estaba impulsada a decirlas. Eso causaba una sanción tardía a sus palabras. Ahora sentía, en cierta parte, que el filtro que había creado a lo largo de los años no estaba facilitándole las cosas. Si solo hubiese permanecido en silencio, como lo había practicado en el ultimo tiempo...

Quizá, después de todo, estaba destinada a no tener amigos en *Saint Land*.

Evangeline esperó con todas sus fuerzas a que no fuese de ese modo.

—Jude, es un lindo nombre —dijo con un poco de culpa, y estrechó su mano—. Mi nombre es Evangeline. Un gusto también en conocerte.

Mientras se sonreían y se saludaban, la voz de alguien a su espalda las asustó.

—Que linda demostración de afecto, chiquillas. De verdad, casi me han convencido de pertenecer a su grupo, pero mis canapé se acaban y quiero

salir de esto lo antes posible.

Mientras Jude inscribía su nombre rápidamente sobre el enorme cuaderno de registros, Evangeline observó con disimulado interés al muchacho que momentos antes le había gruñido. Era alto, de cuerpo ejercitado, y con un rostro guapo de una forma angulosa. Tenía el cabello al estilo militar, con los costados casi al rape, y unos ojos tan oscuros que la hicieron pensar en depredadores que observan a través de la oscuridad. Casi por instinto, puso su mano sobre su delgada garganta.

De pronto el muchacho soltó una maldición que hizo a Evangeline saltar. Este se echó a la boca el último de los canapés sobre la bandeja en su mano y se quejó de frustración.

—¡Isaac! —la voz irrumpió por sobre la música clásica, y el muchacho siguió el grito.

Metros más allá, un grupo de jóvenes atacaba con fuerzas el refrigerio. Uno de ellos hacía señas hasta donde se encontraba Evangeline, quien se percató de la similitud entre todos ellos.

—*Hijos de la Luna* —susurró a su lado Jude, quien estiraba el lápiz en su dirección. Evangeline lo tomó con un poco de reticencia a que este también la pinchara—. Licántropos, para ti.

Juntas, soltaron una risa que las avergonzó. Mientras Jude decía algo respecto a los *Hijos de la Luna*, Evangeline se percató que Isaac no era el único en abandonar la fila. Muchos más también lo hacían en busca de comida o distraídos con algún grupo de amigos en cualquier otro lugar. La muchacha no pudo evitar buscar entre estos al muchacho que minutos antes la había encontrado sola entre los pasillos; Liam. Cuando no lo encontró, tomó fuertemente el mapa entre sus manos y decidió guardarlo en su bolsillo trasero. Sin embargo, entre grupos de alumnos que aún ingresaban al gran salón, Evangeline encontró a alguien más; su compañera de cuarto. Esta venía sola, y traía sus jeans oscuros ajustados rajados en la rodilla y sus botas Doc Martens. Llevaba su rojizo cabello en una coleta alta que le favorecía, y sus manos enfundadas en los bolsillos de su sudadera dos tallas más grande le daban un aspecto desaliñado. Parecía distraída, y Evangeline se inquietó. No supo cómo actuar, si acercarse a hablarle o hacerle señas a la distancia, llamándola. Rowen ignoró a un joven uniformado que se acercó a ofrecerle una bebida, y solo se quedó allí, observando algo sobre una mesa repleta de comida. A Evangeline los segundos le parecieron eternos, y dudó.

A su lado, Jude tomó su brazo.

—¿... te parece? —le preguntó, mientras deslizaba unos bocadillos desde la bandeja plateada que un joven les ofrecía. Evangeline sentía su

estomago apretado, por lo que solo dio las gracias y negó con la cabeza. Jude, por el contrario, echó tres dentro de su boca y habló con esta media llena— Podemos acercarnos a las chicas de Tenzou. Son algo como mis parientes lejanas. Mi padre me comentó sobre ellas antes de llegar hasta aquí, me dijo que tuviese cuidado con los de Haúl, por lo que las de Tenzou son mi mejor opción para hacer amigas. Solo quiero que sepas que la montaña las ha hecho un poco extrañas, pero son cordiales con los de la ciudad. Vamos, te agradarán —la muchacha al percatarse que Evangeline no prestaba atención, preguntó— ¿A quien miras?

Esta solo se alzó de hombros y se dispuso a inscribir su nombre.

—Evangeline Krawford.

A disposición de su propio nombre, Evangeline se giró y se quedó boquiabierta al observar a la otra chica. Era la que le había pinchado su hombro minutos atrás, cuando se encontraba paralizada en la entrada. Sin decir que era posiblemente también la que la había llamado Idiota. Era alta y delgada, y junto a las otras tres chicas que le hacían compañía, llevaba ese estilo que gritaba Glamour por todas partes. Evangeline no pudo evitar sentir una punzada de envidia al ver su cabello; era fabuloso. Y tenía un rostro de belleza cruel, y unos ojos celestes perfilados por unas cejas dignas de portada de revista. Ahora la muchacha le extendía su mano y le sonreía de una forma que le ponía los pelos de punta.

—¿Cómo sabes mi nombre? —entre tanta intimidación, fue lo único que se le ocurrió decir mientras estrechaba su mano.

—Lo acabas de escribir ahí —repuso la muchacha, como si fuese lo más obvio del mundo. Observando el libro de inscripción, Evangeline sintió vergüenza de su caligrafía—. Y no es demasiado difícil el reconocer a uno de los nuestros. Tienes un aura bastante atractiva, y pude verla desde el otro extremo del salón. Mi nombre es América Prince-Holtzën. Esta es mi hermana Abigail, mis amigas Alexia Meganetty y Chloe By-Russo.

Evangeline ahogó el impulso de preguntar si la había visto también en la entrada, así como resistió aquella necesidad de escudriñar la presencia de aquella muchacha y las otras chicas.

Por sí mismo, era ya suficiente visión el presenciarlas como un grupo, y resultaba algo bastante intimidante.

A diferencia de América, Abigail tenía un cabello de rubio más oscuro que lucía un flequillo parecido al de Jude, y su rostro no disimuló su aburrimiento, por lo que no miró a Evangeline bajo ninguna circunstancia. Alexia, la más alta del grupo, poseía un rubio tan platinado y perfecto que contrastaba de forma alucinante con su tez aceitunada. Sus ojos eran de un caoba oscuro y profundo, al igual que sus labios. Y Chloe, que era

levemente más baja que América y Abigail, tenía unos ojos de color miel al igual que su melena risada que rosaba sus hombros. Alexia y Chloe le hicieron un gesto de manos. Jude, a su lado, se removió con absoluta incomodidad por lo que Evangeline la presentó.

—Ella es Jude.

La muchacha estiró su mano, pero América ya estaba hablando otra vez.

—Evangeline, es tu primera vez en *Saint Land*, podemos imaginarlo. Junto a las chicas he decidido en ofrecerte nuestra compañía —observando a Jude, frunció los labios como quien se percata de algo desagradable—. Comprenderás que es de suma importancia el relacionarte con las personas correctas. En *Saint Land* las jerarquías no son flexibles, por lo que tu nombre supondrá un problema para integrarte. Sin embargo, hemos decidido en acogerte en nuestro círculo.

Lo primero que pasó por la mente de Evangeline fue: *¿Qué está ocurriendo aquí?*

Su mente luchó entre la necesidad de hacer amigas y la realidad implícita de aquellas palabras. Era un extraño ofrecimiento de buena voluntad, podía darse cuenta, pero a pesar de aquella impresión de querer ayudarlas, o al menos América lo demostraba así, había algo incorrecto en todo aquello. Luego de unos segundos se dio cuenta. Había sido el modo empleado, entre una especie de buena fortuna y solidaridad al ofrecerle no sufrir de aquella mezquindad. Al igual que la forma en que había observado a Jude, por supuesto. Aquello la hizo sentir una especie de camaradería, provocando que su conciencia corriera a mil por segundos, en busca de alguna respuesta convincente a sus prioridades. No tuvo que pensar mucho a eso, sobre todo si aquello dejaba fuera a Jude, quien había sido tan gentil con ella.

—Lo siento, no me parece correcto el...

América dejó escapar un suspiro, como si Evangeline le obligase a utilizar una exagerada paciencia.

—Evangeline, existen ocho mil trescientos alumnos en *Saint Land*, y de esos solo noventa y siete son de los nuestros, ¿lo comprendes? Somos pocos, y puedes adivinar el significado de eso —su tono de voz se volvió tan desagradable, que Evangeline tragó con fuerzas—. ¿Ves a esas personas que reparten refrigerios? —le preguntó América, alargando las palabras como a un niño pequeño—. Ellos no estudian aquí, y jamás lo harán. Tu nombre está a una letra por sobre tener que arrastrar bandejas.

Estaba aturdida y abrumada por la incredulidad, y su expresión se debatió entre la confusión y la indignación. ¿Qué estaban haciendo? Su corazón palpitó con intensidad, y su rostro enrojeció.

—¿Me estas amenazando? —preguntó con una extraña intensidad.

América la observó con intransigencia.

—No...

—A mi me parece que sí.

Evangeline demoró solo un segundo en descubrir a quien pertenecía aquella voz. Rowen, su compañera de cuarto, se encontraba detrás del grupo de chicas, con su coleta alta, sus manos enfundadas en sus bolsillos y una mirada indiferente. Sin embargo, algo en su postura inquietó a Evangeline, y esa preocupación incrementó cuando fue aún más que consciente de ese moratón en su rostro y de ese labio herido. Todas giraron en busca de aquella voz, incluso Abigail.

Evangeline intentó hablar, pero América ignorándola, se le adelantó.

—No puedes decir que no te lo advertí. El derecho de sangre no es flexible. Y las leyes no siempre lo serán, por lo que juntarte con las personas correctas y pertenecer a nuestro círculo podría haber significado ser lo más trascendental ocurrido en tu vida.

Rowen la observó y algún pensamiento dibujó una arruga en su frente, como si tratara de desentrañar algo.

—Sí por personas correctas te refieres a las que son como tu, estoy segura que Evangeline no quiere llegar hasta allí.

—¿Quién te crees que eres? —el rostro de América mostró un total fastidio— ¿Sabes con quien estas hablando?

—Por supuesto... —América pareció incrédula por un segundo, y Rowen continuó—. Eres una de esas chicas atractivas con la habilidad de parecer feas. He visto a muchas como tu.

América se la quedó mirando, y todas quedaron en un absoluto silencio. Cuando ésta reaccionó, soltó algo parecido a un silbido, y su rostro se contorsionó con una mirada cruel. Cuando se disponía a hablar, Abigail y Alexia ya se encontraban a su lado.

—Vamos... —dijo Alexia, con una sensatez que sorprendió a Evangeline—

Candra esta a punto de entrar. Aston y los demás nos esperan.

Y entonces, de manera clara y espontanea, como si de una advertencia se tratase, América le dirigió una mirada a Evangeline que le heló la sangre.

Esta no pudo evitar sentir como si le acabaran de tirar un cubo de agua helada en el rostro y hubiera despertado de golpe. Sabía que dentro de todo ese lapsus junto a ellas, había cometido un terrible e irremediable error. Claramente no era la primera vez de América en *Saint Land*, y los grupos elitistas eran algo trivial en el mundo humano. Sin embargo, y a pesar de ella sobrevivir a aquella clase de marginación, se daba cuenta que esto era algo sumamente diferente. Aún así no le importó, y aquella contrariedad la confundieron, pensando en que algo dentro de ella estaba cambiando, para bien o para mal.

Observó a las chicas marcharse entre todo el grupo de alumnos desperdigados, desaparecieron completamente de su vista.

Girándose para enfrentar a su compañera de cuarto, esta le devolvió la mirada.

—Rowen —comenzó esta, y después de un silencio, tomó coraje y espetó—, quiero...

—No me des las gracias.

—¿Por qué no?

—Porque aún sigo pensando que eres terriblemente idiota —. Pasó junto a esta y utilizó el lápiz que Jude tenía entre sus dedos, inscribiendo su nombre—. Solo he venido a inscribirme, y te he visto de pie allí a punto de echarme a llorar.

—No iba a llorar —se defendió esta con indignación, a pesar de estar ya sintiendo la opresión en su garganta.

Rowen no respondió de inmediato, observó bajo una profunda mirada a Evangeline, y esta aferró sus manos con fuerza sobre su regazo para que su compañera de cuarto no se percatara que le temblaban. Rowen sacudió su cabeza en señal de negación.

—Olvídalo —su voz insinuó un destello de ira que Evangeline no comprendió y se giró para alejarse. Evangeline la siguió.

—¿Olvidar el qué? —preguntó con tozudez—. Háblame... ¿qué es exactamente lo que te molesta?

Rowen la ignoró, pero aquello no evitó que la muchacha la siguiera. Jude se encaminó a su lado con sus ojos brillantes y sus ballerinas resonando contra el suelo. Caminaron entre alumnos que reían, y se disculparon de los jóvenes que repartían refrigerio en medio de ingeniosas maniobras de evasión.

—¿Es tu compañera de cuarto? —preguntó Jude, con cierta emoción. Al ver que la muchacha asentía, esta preguntó nuevamente— ¿Y que le sucedió en el rostro?

—No se lo preguntes, por favor.

Ella guardó silencio por unos segundos, y luego volvió a susurrar:

—¿Y tu lo sabes?

Evangeline negó con la cabeza.

—Por todos los árboles de esta tierra... —sus manos se fueron directo a lo que colgaba de su cuello. Era algo similar a una astilla de madera, de no más de cuatro centímetros, por lo que Evangeline pensó en un amuleto para el mal de ojo. Cuando se lo iba a preguntar, la otra muchacha volvió a hablar— Podría ser algún tipo de criminal. Mi padre me habló sobre nuevas leyes ocurriendo en *Saint Land*. Quizá se refería exactamente a eso, ¿sabes? Mi compañera de cuarto tiene una actitud bastante extraña también.

—¿Qué actitud? —preguntó Evangeline, con el corazón golpeándole el pecho por la curiosidad. Mientras se hacían espacio entre los alumnos y los jóvenes con bandejas, Jude la observó seriamente.

—Peluches. Un montón de peluches por todas partes. De todos los tamaños y formas. Un montón de animales bastante siniestros con pequeños ojos saltones. Los trajo todos en un enorme baúl de casi dos metros de ancho. Todos tenían pequeños y acolchados compartimientos.

—Mi compañera de cuarto también tiene un baúl.

Evangeline no pudo evitar pensar en